

José Manuel Molina Ruiz y David Subirons Vallellano

LA LUZ
EN UNO MISMO

La Página de la Vida

Serie Blanca nº 2

Barcelona

Noviembre de 2.005

La colección “Serie Blanca” forma parte de las publicaciones de la ONG La Página de la Vida.

Estas obras se han realizado para ayudar a todas las personas que quieren despertar del sueño de la ignorancia y salir, por sus propios medios, de la confusión y del sufrimiento.

Podrás acceder a otros libros, cuadernos y recursos, conocer sobre los autores y contactar con ellos desde la dirección de Internet

www.proyectopv.org

Ni los autores ni La página de la Vida tienen ningún fin lucrativo. Los beneficios económicos que se obtengan por esta obra, y por las futuras, serán siempre empleados con fines humanitarios.

Estas obras no son un trabajo personalista, ninguno de los dos autores se considera artífice de los conocimientos que ellas encierran. Su labor ha consistido en reunir y desarrollar unas enseñanzas que son patrimonio de la humanidad.

Detrás de nuestros trabajos no hay ninguna religión o doctrina. Todo el saber que se encuentra en estas páginas es el resultado de la reflexión, la constancia y el sacrificio de muchas personas que han vivido a lo largo de todos los tiempos. A ellas queremos agradecer los fundamentos indispensables que nos han permitido realizar unas obras largamente maduras.

A pesar de que, por diferentes motivos, todas las obras están inscritas en el registro de la propiedad intelectual, éstas son un bien heredado que no pertenece a ninguna organización, hermandad o secta, y deben estar siempre disponibles para toda persona que las necesite. Por ello, la reproducción total o parcial de este cuaderno está autorizada haciendo la mención:

“ Cuadernos de La Página de la Vida, www.proyectopv.org ”

1ª Edición: Septiembre de 2005

Índice.

	<u>Págs.</u>
Prólogo	5
Introducción	7
1. La consciencia	9
La fuente de la consciencia	9
La consciencia está fuera del tiempo	11
Una dimensión que el pensamiento no puede tocar	13
Una nueva consciencia	16
2. La verdad y el conocimiento	19
La verdad	19
El conocimiento	22
El conocimiento propio	26
El conocimiento superior	28
El acceso al conocimiento superior	32
3. El maestro interior	39
El maestro, el alumno y el camino	40
La llamada al maestro	46

Prólogo.

Creemos, equivocadamente, que aquello de lo que somos conscientes, lo que vemos, es la verdad. No nos damos cuenta que siempre hay más en la Vida de lo que somos capaces de ver y que la Verdad no siempre es visible, pero siempre nos acompaña.

Con esta obra intentamos ofrecerte la enseñanza fundamental que permite al ser humano despertar del sueño de su ignorancia y salir, por sus propios medios, del estado de desorden, confusión, conflicto y sufrimiento. No debes leerla de cualquier manera ni en cualquier situación, sino que debes crear un espacio de serenidad, elegir el momento y lugar apropiados, prepararte para poder leer con todos los sentidos, con el alma, y comprender lo mejor posible lo que se te quiere comunicar.

Esta obra tampoco ha sido concebida para ser leída de seguido. El conocimiento que contienen sus páginas debe ser asimilado y esto, normalmente, sólo sucede reflexionando y meditando profundamente sobre sus textos. Si crees conveniente puedes trabajar sobre el texto, realizar breves resúmenes y entresacar esas frases que te iluminan y te llenan de luz para llevarlas a lo largo del día en tu corazón.

Aunque al principio no alcances a percibir y comprender todo el significado que encierran las palabras, la reflexión siembra una semilla, y el sentido de estas palabras echa raíces, no sólo en el nivel superficial del intelecto, sino a través de todo el inconsciente y del sentimiento.

El lenguaje verbal es limitado, imperfecto e impreciso. La realidad no puede ser expresada a través del lenguaje, y cuando se hace se falta siempre a la verdad. Es imposible transmitir la verdad, o recibirla, a través del lenguaje, del pensamiento o de la mente, pues la verdad no puede confinarse a semejante estrechez. En este sentido, un buen ejemplo se encuentra en el color que se recibe a través de los ojos. Cada longitud de onda de la luz es un color distinto, por lo que el número de colores es realmente infinito, pero el número de nombres que se aplican a los colores no lo es.

Ninguna vivencia puede traducirse a palabras, por ello, intentando no crear confusión, desde un principio queremos dejar claro el sentido que le damos a algunas palabras. El término “Dios” está impregnado de multitud de emociones y de sentimientos, pero es la palabra que encontramos más apropiada

para referirnos a Él. Cuando escribimos la palabra Dios nos referimos con ella al Padre, a la Verdad, a la Luz, al Ser de Luz, a la Consciencia Universal, a la Unidad, a lo Otro y, por qué no, nos referimos también al nombre que cada uno elige para designarle.

La intención de estos escritos no es ofrecer un texto doctrinal incuestionable, tampoco pretenden realizar una descripción exhaustiva de la realidad. Sencillamente están pensados para establecer unas bases abiertas a la reflexión, la crítica y el debate. Cada uno de los temas que se tratan son, en realidad, mucho más amplios, tienen más matices y repercuten de muy diversas maneras en las personas y en la humanidad. Por ello se debe reflexionar y meditar sobre sus palabras muy cuidadosamente y no tratarlos a la ligera.

Aquí no te presentamos ninguna nueva teoría o dogma que deba convertirse en una creencia, esto sería terrible. El ser humano debe obrar a partir de hechos, desde su verdad, y no a partir de creencias o ideales. Cuando entran en juego las creencias aparecen la ignorancia, la fantasía y el dolor. Lo que para una persona son hechos, para otra no tiene por que ser una creencia sino, sencillamente, una posibilidad. Estos textos describen las cosas como son y, aunque para algunas personas estas perspectivas de la verdad sean por lo pronto una posibilidad, se pueden y se deben comprobar. Porque esta obra no está pensada para seres profundamente desarrollados, sino que está concebida para todos aquellos que se inician en el sendero espiritual, para ayudar a aquellas personas que viven para ser conscientes y obrar adecuadamente.

Introducción.

Vivir espiritualmente es, “simplemente”, ser consciente y obrar apropiadamente, y toda la humanidad está llamada a ello. Esta es una necesidad imperiosa similar a la que tienen los animales, que para subsistir deben obrar según la especie a la que pertenecen y el medio en el que se encuentran.

El rebaño humano, al igual que los animales, vive para subsistir. Pero el ser humano debe ser consciente, conocer la verdad y actuar adecuadamente para vivir, para realizar su plena existencia humana. Sólo entonces una persona es una Luz para sí misma y para los demás, porque viviendo espiritualmente entra en contacto con su maestro interior, disuelve el ego y así avanza por el camino que es Luz y conduce hacia la Luz.

1. La consciencia.

El término consciencia se refiere a la capacidad de darse cuenta. También, se refiere al resultado de percibir el mundo y de percibirse con total transparencia y sin la distorsión de las creencias, opiniones, prejuicios, emociones, sentimientos, deseos, proyecciones, expectativas o del propio ego. Esa transparencia se inicia con la desidentificación y el desapego y es el fundamento de la vida espiritual.

Por la consciencia se va conociendo las causas últimas del universo visible, ella nos hace comprender la maravilla insondable de Dios y nos permite encontrarle en todas las cosas y, también, en medio de las tribulaciones. Con el don de la consciencia germina la inteligencia, el conocimiento y la vida espiritual, de ella nacen los valores más fundamentados que el ser humano emite sobre la vida y la conducta. La consciencia es la raíz de un conocimiento nuevo, del que también forma parte el amor, gracias al cual el ser humano entra en una nueva dimensión de la vida donde la unidad es una característica.

La fuente de la consciencia.

La fuente desde donde brota la consciencia está en un lugar que se encuentra en el interior de todos los seres humanos. Quien bebe de esta fuente de aguas limpias tiene la fortuna de vivir la paz, la quietud y el silencio perfectos. Aunque se vive de manera personal, beber de esta fuente significa entrar en una dimensión que se encuentra más allá de la dualidad, de lo que se puede llamar “yo” o “tú”, “mío” o “tuyo”, “esto” o “aquello”. Todo lo que se pueda decir sobre este lugar son burdas aproximaciones, porque sólo se comprende mediante la propia experiencia.

Entrar en la fuente de la consciencia significa para el ser humano ser consciente y obrar adecuadamente, y uno se acerca a éste “lugar” cuando va más allá de la mente y del pensamiento. Solo los propios egos e impurezas impiden al ser humano acceder a este lugar de pureza. El estado natural del ser humano suele estar eclipsado por la turbulencia de la mente y de las emociones, y cuando se trasciende esa perturbación se accede a la fuente, y se experimenta el núcleo del ser. En este lugar se está en contacto con la consciencia, con el amor y con el conocimiento, que son las propiedades inherentes del estado que se vivencia cuando se va más allá de la mente de las personas. Allí hay un principio, una inteligencia que puede tutelar y dirigir, si así lo decide el ser humano, la actividad del propio espíritu, mente, emociones y cuerpo.

Cuando permitimos un contacto íntimo y profundo con la inteligencia o principio que se encuentra en el núcleo del ser, comprendemos que este mismo principio también está en el núcleo de todos los seres y que únicamente cuando una persona se abre a esta Luz ejerce la consciencia y obra apropiadamente. Esta inteligencia que está en el núcleo más profundo del propio ser, de los demás seres y del universo, esta fuente es Dios, que es el origen de toda consciencia, energía y materia. El acto de la creación es el proceso por el cual se organiza y se administra la consciencia, la energía y la materia.

Casi todos hemos tenido la oportunidad de entrar en este lugar, aunque sólo haya sido durante una fracción de segundo. De esta fuente, de la que brotan energías poderosísimas, surge la inteligencia. Cuando entramos en este lugar la inteligencia se purifica, se hace más clara, y nos beneficiamos extraordinariamente mental, emocional y físicamente. Entonces se modifica nuestra percepción de la vida, pues se acrecienta la consciencia y nos impulsa a obrar adecuadamente.

Sólo mediante la atención se puede entrar en este “punto” y permanecer cada vez más tiempo en él. Únicamente así se superan completamente las viejas estructuras de la mente y se reorganiza la psique llevándola a un nivel mucho más enriquecedor y elevado. “Beber” de la fuente de la consciencia y del poder significa transformarnos, equilibrarnos y relacionarnos mejor con nosotros mismos y con nuestros semejantes. Por ser el punto de unión con “lo otro”, la puerta de acceso hacia la dimensión en donde cesa el ego, la ignorancia y el dolor, le llamamos simbólicamente “la fuente de la consciencia”.

Permitir que broten en nosotros las aguas de esta fuente de consciencia nos proporciona paz, claridad e integración; limpia, ordena y disuelve las latencias nocivas del subconsciente y nos procura libertad interior. Es como si nos diéramos un baño en el inmaculado espacio sin límites, conectando con la energía que anima y penetra a todos los seres animados e inanimados. En la medida en que vamos entrando en ese “lugar” y nos conectamos mejor con él más nos impulsa a mantenernos ecuanímes y desapegados, firmemente establecidos en la energía del que observa sin ser alterado por los procesos externos o los propios procesos psicofísicos, que siempre son fluidos e impermanentes. Esa potencia, que podemos recobrar siempre mediante el acceso a este espacio de quietud, hace que experimentemos una actitud interior más lúcida, atinada e inquebrantable.

Más allá de la confusión que origina la mente se haya este espacio límpido y transpersonal. Cada vez que se conecta con este punto de quietud algo se modifica en uno y se da un paso en el camino espiritual. Sin embargo, incluso aquellos que no tengan perspectivas espirituales encontrarán un gran beneficio

en beber la energía de calma profunda, claridad y reposo que proporciona ese "lugar".

Es necesario conectar con ese ángulo de quietud que nos hace conscientes y nos impulsa a obrar adecuadamente. Entrar en este "lugar" significa transformarnos, situarnos en nuestro eje de equilibrio, ser conscientes y relacionarnos adecuadamente con nosotros mismos y con los demás. Es un punto de quietud, porque es el punto de confluencia entre lo "humano" y lo "divino", el ojo de buey hacia lo otro, hacia aquello en donde cesa el ego, la avidez, la aversión y el autoengaño.

La consciencia está fuera del tiempo.

La consciencia, la verdad o la comprensión nos llega como un destello, y ese destello no tiene continuidad, no está dentro del campo del tiempo. La comprensión es fresca, instantánea, no es la continuidad de algo que ha sido. Lo que ha sido no puede traernos comprensión. En tanto estemos buscando continuidad, seguridad, deseando permanencia en la relación, en el amor, anhelando encontrar paz duradera y todo eso, estamos persiguiendo algo que se halla dentro del campo del tiempo. Por lo tanto, no pertenece a lo intemporal.

Vivimos en un conflicto entre lo que es y "lo que debería ser". "Lo que debería ser" es una idea, y la idea es ficticia, no es realidad. "Lo que es" es el hecho, la verdad, y puede ser cambiado únicamente cuando comprendemos el desorden que el tiempo crea. El tiempo crea desorden y dolor, porque para movernos de lo que es a "lo que debería ser" necesitamos tiempo. Tenemos miedo, pero un día dejaremos de tenerlo –al menos así pensamos. El tiempo también implica esfuerzo en ese querer llegar a lo que "deberíamos ser".

Es imposible liberarnos del sufrimiento o de nuestros defectos mediante el tiempo. Si permitimos que nuestras carencias y defectos continúen crearemos desorden en la vida. Necesitamos ver que el tiempo es un elemento de desorden y no un medio para liberarnos finalmente de nuestras carencias. Es preciso que veamos que no existe un proceso gradual para desembarazarnos de nuestro ego. No existe un proceso gradual para librarnos del veneno del miedo, del nacionalismo, de la crueldad o de la lujuria. Si somos nacionalistas y decimos que a la larga llegaremos a la hermandad humana, en el intervalo habrá guerras, odios, desdicha, existirá toda esa espantosa división entre los seres humanos. El tiempo seguirá creando desorden.

Imaginemos que en nuestro cuarto de baño tenemos un frasco con el nombre rotulado de "veneno", y sabemos que es veneno. Nos cuidamos mucho

de tocar ese frasco, aún en la oscuridad, y siempre estamos atentos a él. No nos preguntamos cómo nos mantendremos alejados o cómo estaremos atentos a ese frasco. Sabemos que es veneno y sólo por esa razón estamos tremendamente atentos a él. De la misma manera debemos darnos cuenta de la realidad de la vida, de la verdad para, sin necesidad de la actividad de la mente, del pensamiento o de la creencia, obrar de una manera adecuada.

En tanto estemos pensando desde el punto de vista del tiempo, tiene que haber miedo a la muerte. Muchos pensamos que hemos aprendido, pero no hemos encontrado lo supremo, y antes de morir tenemos que encontrarlo. Necesitamos tiempo, antes que llegue la muerte, para eliminar nuestros defectos. Todo nuestro pensar se basa en el tiempo. Nuestro pensar es lo conocido, el resultado de lo conocido, y lo conocido se encuentra dentro del tiempo. Y con esa mente estamos tratando de descubrir lo intemporal, de descubrir qué es estar más allá del tiempo, lo cual es una búsqueda vana, sin sentido, excepto para filósofos, teóricos y especuladores. Si queremos encontrar la verdad, no mañana, sino de hecho, directamente, el ego, que está siempre acumulando, luchando y otorgándose una continuidad por medio de la memoria, ese ego debe terminar de continuar. Morir mientras estamos vivos, no perder artificialmente la memoria, lo cual es amnesia, sino realmente cesar de acumular por medio de la memoria y, de tal modo, dejar de dar continuidad al ego.

Aún viviendo en este mundo, que es del tiempo, nos es posible originar, sin ninguna forma de compulsión, un estado en el que no estén separados el experimentador y lo experimentado. En tanto exista el experimentador, el observador, el pensador, tiene que haber miedo de terminar y, por ello, miedo a la muerte. Es posible conocer todo ello, darnos cuenta del significado completo de la continuidad y del tiempo, y la inutilidad de esta búsqueda para encontrar, por medio del tiempo, aquello que está más allá del tiempo. Si nos podemos dar cuenta de todo ello surgirá una vida que será una creatividad totalmente fuera del tiempo.

Puede haber una clase total y completamente distinta de tiempo. Nosotros sólo conocemos dos tipos de tiempo, el físico y el psicológico, y estamos atrapados en los dos. Debemos aceptar el tiempo físico, lo necesitamos, por ejemplo, para tomar el autobús o para aprender un idioma. Pero si rechazamos por completo el tiempo psicológico daremos con un tiempo que es algo totalmente distinto, con un tiempo que no está relacionado con ninguno de los otros dos. Entonces el tiempo no es desorden, sino un orden, un estado del ser extraordinario en el que percibimos la verdad.

Una dimensión que el pensamiento no puede tocar.

Adondequiera que uno vaya, en todas las distintas partes del mundo, podemos observar los esfuerzos de la mente, en sus formas más burdas y más sutiles, por descubrir algo que sea sagrado, realmente santo. En cualquier parte a la que uno vaya existe esta constante indagación de la mente humana para saber si hay algo realmente sagrado, divino, algo que no sea corruptible. Los sacerdotes de todo el mundo han dicho que, para buscar eso, debemos tener fe en ese algo a lo que el ser humano ha llamado “Dios”.

Se puede investigar sobre ello y descubrir si existe o no, y si ese “Dios” pertenece a cualquier religión o creencia en particular, si es solo la invención de una mente que está asustada, que ve que todo está en continuo movimiento, que todo es transitorio, y busca algo que sea permanente, que esté más allá del tiempo. Uno debe estar interesado en ello, tanto si cree como si no, porque a menos que uno lo encuentre y aprenda al respecto, la vida siempre será superficial. Puede que uno sea moral, en el buen sentido de esa palabra, viviendo sin sufrir ninguna coacción, sin injerencia alguna de la sociedad o de la cultura, llevando una vida bastante armoniosa, sensata, equilibrada, no contradictoria, no atemorizada, pero a no ser que uno encuentre eso que la humanidad ha estado buscando, por muy moral o socialmente activo que uno sea, tratando de hacer el bien y demás, la vida será superficial. Ser verdaderamente moral, virtuoso, es encontrarse profundamente dentro del ámbito del orden.

Si uno es mínimamente serio, si realmente le preocupa todo el fenómeno de la existencia, es importante que descubra por sí mismo si hay algo innombrable, más allá del tiempo, no configurado por el pensamiento, y que no sea una ilusión de la mente humana que ansia algo más allá de la experiencia. Uno debe aprender acerca de ello, porque eso le da no sólo un significado, sino una gran belleza, una asombrosa profundidad a la vida, en la que no hay conflicto alguno, sino una gran sensación de integridad, de plenitud y total suficiencia. Para que una persona aprenda acerca de eso su mente, debe desechar de una forma natural las cosas que el ser humano ha creado y a las que llama divinas, junto con todos los rituales, creencias y dogmas religiosos en los que ha sido condicionado.

Debemos desechar de verdad todas esas cosas, no solo de manera verbal, sino profundamente en nuestro interior, dejando así que seamos completamente capaces de valernos por nosotros mismos y no dependamos psicológicamente de nada. La duda es algo bueno, dudar razonablemente de las cosas es positivo porque es inquirir. Pero la duda debe ser inteligente, sensata, pues no tiene sentido dudar de todo. Si has inquirido inteligentemente y has visto por ti mismo todas las implicaciones de la estructura que el ser humano ha montado en su

empeño por averiguar si existe o no existe una inmortalidad, un estado de la mente que sea intemporal e imperecedero, entonces puedes empezar a aprender.

El pensamiento nunca puede encontrar ese estado, porque el pensamiento no sólo es tiempo y medida, sino, además, es todo el contenido del pasado, consciente e inconsciente. Cuando el pensamiento dice que va en busca de algo real puede proyectar lo que considera que es real, pero eso se convierte en una ilusión. Cuando el pensamiento se dispone a practicar una disciplina con el fin de encontrar está haciendo lo mismo que la mayoría de los santos, las religiones y las doctrinas. Muchos gurús nos dirán que adiestremos nuestro pensamiento, que lo controlemos, disciplinemos y forcemos según las pautas que ellos nos proporcionan, de tal manera que acabemos encontrándonos con lo real. Sin embargo, por poco que comprendas lo que te estamos diciendo verás que el pensamiento nunca puede encontrar lo real, la verdad, lo que es, porque esencialmente el pensamiento no es libre. El pensamiento nunca puede ser nuevo, y para descubrir lo que debe ser algo totalmente imperceptible, incognoscible e irreconocible, el pensamiento debe estar completamente quieto.

Debemos investigar y descubrir si el pensamiento puede estar quieto, sin ningún esfuerzo, si puede haber silencio sin que el pensamiento esté controlado. Porque en el momento en que se controla, existe un controlador, el cual también es la invención del pensamiento. Entonces el controlador empieza a controlar tus pensamientos y surge el conflicto. Dondequiera que haya conflicto debe estar la actividad del pensamiento. La mente es el resultado del tiempo, de la evolución; es el almacén de una gran cantidad de conocimiento, el cual es el resultado de muchísima influencia y de experiencias, las cuales son la esencia del pensamiento. La mente puede estar quieta, sin ningún control, sin disciplina ni esfuerzos de ninguna clase. Porque cuando hay esfuerzos hay distorsión. Es absurdo salir en busca de la verdad, que un “maestro” nos diga que la encontraremos mediante la práctica. La práctica tiene como objetivo conseguir algo. Por esto, sin comprender y vaciar todo el contenido de la mente, es como el ciego que guía al ciego.

La mente es su contenido. El cerebro es el pasado, y el pensamiento actúa desde ese pasado. El pensamiento nunca es libre ni nuevo. De modo que surge la pregunta: ¿Cómo puede vaciarse la mente de ese contenido? No se puede vaciar mediante un método, porque en el momento en que se practica un método que alguien nos ha proporcionado, o que nos hemos inventado, eso se vuelve mecánico y, por consiguiente, sigue estando dentro del campo del tiempo y del espacio limitado.

Es la mente la que ha de ver su propia limitación y esa percepción misma será el final de esa limitación. Debemos dejar de preguntar cómo vaciar la

mente, como dejarla quieta y en silencio y empezar a ver con pasión, con todos los sentidos, totalmente, el contenido que forma la conciencia, percibir, escuchar todo su movimiento, de manera que la propia percepción le ponga fin. Si veo algo falso, la percepción misma de lo falso es lo verdadero. La percepción de que he dicho una mentira es la verdad. La percepción de mi envidia es liberación de esa envidia. O sea, sólo podemos ver, sólo podemos observar muy claramente cuando no hay observador. El observador es el pasado, la imagen, la conclusión, la opinión y el juicio.

Por lo tanto, la mente debe ver su propio contenido claramente, sin ningún esfuerzo, debe ver la limitación, la falta de espacio, cómo el contenido de la conciencia la ata al tiempo. Todos debemos poder ver esto. Solo podemos ver la totalidad del contenido de la mente, el consciente y el inconsciente, cuando podemos mirar silenciosamente, cuando el observador está en silencio. Eso significa que debe haber atención, y en esa atención hay una enorme energía.

Por el contrario, cuando hacemos un esfuerzo por estar atento, ese esfuerzo es un desperdicio de energía. Cuando tratamos de controlar, eso es una disipación de energía. Control significa conformismo, comparación, represión, y todo eso es una merma de energía. Cuando hay percepción hay atención, la cual es energía total en la que no hay ninguna señal de desperdicio.

Ahora bien, cuando miramos con energía todo el contenido consciente e inconsciente de la mente, entonces la mente está vacía. Si estás escuchando y prestando atención a lo que lees, si realmente quieres descubrir, puedes ver la lógica, la sensatez de esto por sí mismo.

La mente, que es el cerebro, puede ver su propia limitación, la limitación, la atadura del tiempo y del espacio. Mientras uno viva dentro de ese espacio limitado y de ese movimiento atado al tiempo, debe haber sufrimiento, desesperación y esperanza psicológicas y toda la ansiedad que se desprende de ello. Cuando la mente ha percibido la verdad de esto, entonces, descubre qué es el tiempo. Hay, entonces, una dimensión diferente que el pensamiento no puede tocar y, por lo tanto, tampoco describir. El pensamiento es medida y, por consiguiente, tiempo. Vivimos de la medida; toda la estructura de nuestro pensar se basa en la medida, la cual es comparación. Y el pensamiento como medida trata de trascenderse y de descubrir por sí mismo si hay algo que no sea mensurable. Ver la falsedad de eso es la verdad. La verdad es ver lo falso, y lo falso es cuando el pensamiento busca lo inmensurable, el cual no pertenece al tiempo ni al espacio del contenido de la conciencia.

Cuando una persona se plantea todo esto e indaga, cuando aprende sobre la marcha, entonces su mente y su cerebro se vuelven extraordinariamente

quietos. No hay necesidad de ninguna disciplina, de ningún “maestro” o sistema para que silencie su mente. En estos momentos existen varias clases de meditación en el mundo. El ser humano es demasiado codicioso, está demasiado ansioso por experimentar aquello de lo que no sabe nada. Algo que ahora está de moda es el yoga; fue traído al mundo occidental para hacer a la gente sana, feliz, joven, para ayudarles a encontrar a Dios; ahora lo incluye todo. Actualmente también existe la investigación de lo oculto, porque es muy apasionante. Para la mente de alguien que va tras la verdad, que está tratando de comprender la vida en su totalidad, que ve lo falso como falso y la verdad en lo falso, las cosas ocultas son bastante obvias, y una mente así no las tocará. Carece totalmente de importancia el que una persona pueda leer los pensamientos de otra, o que pueda ver ángeles o hadas y tener visiones. Deseamos algo misterioso, pero no vemos el inmenso misterio en el vivir, en el amor a la vida. No vemos eso, así que nos consumimos en cosas sin importancia.

Cuando comprendemos y terminamos con todo esto descubrimos algo que no es del tiempo, que es espacio sin límites, que posee inmenso espacio. Cuando el espacio de una persona es limitado, ésta se vuelve cruel; donde no hay espacio, uno se pone violento, quiere romper cosas. El ser humano desea espacio, pero la mente, el pensamiento, no puede proporcionárselo. Sólo cuando el pensamiento está callado existe el espacio que no tiene fronteras. Y sólo la mente completamente en silencio sabe, se da cuenta de si hay o no hay algo más allá de toda medida.

Y eso es lo único que es sagrado, no las imágenes, los salvadores, los “maestros”, las visiones. Sólo eso es sagrado, eso que la mente ha encontrado sin pedir, porque en sí está totalmente vacía. Sólo en lo que posee vacuidad puede suceder algo nuevo.

Una nueva consciencia.

Las personas que vemos el desorden, la confusión y el dolor en los que los seres humanos nos hemos sumido nos damos cuenta de que si esto no cambia profundamente, cualquier actividad humana, política, económica o religiosa, sólo nos conducirá a la destrucción tanto mutua como de la tierra. Esto es muy obvio para las personas sensatas.

Para que la ignorancia y el sufrimiento se disuelvan, uno tiene que ser una luz para sí mismo. Esta luz es la verdadera ley, no hay otra. Ser una luz para sí mismo significa no seguir la luz de otro, por muy razonable, lógica, histórica y convincente que sea. Tú no puedes ser una luz para ti mismo si te amparas en las oscuras sombras de la autoridad, del dogma, de la conclusión. La verdadera

moral no está hecha por el pensamiento; no es consecuencia de la presión ambiental; no es del ayer, de la tradición. La auténtica moral es hija del amor, y el amor no es deseo y placer.

La libertad es ser una luz para sí mismo; entonces la libertad es algo real, y no es una abstracción, algo ingeniado y definido por el pensamiento. La verdadera libertad es ser libre de la dependencia, del apego, del afán de experiencia. En el camino espiritual no hay ningún “cómo”, sistema ni práctica. Solo existe el ver que es el hacer adecuado. Tú tienes que ver, no a través de los ojos de otro. Esta luz, esta ley, no es ni suya ni de otro. Solo hay luz. Y esto es amor.

Uno debe estar libre para ser completamente una luz para sí mismo. Esta luz no puede ser proporcionada por otro, ni puede prenderse en la vela de otro. Si la enciende en la vela de otro, entonces no es más que una vela y puede ser apagada de un soplo. La propia investigación para descubrir lo que significa ser una luz para sí mismo es parte de la reflexión. Debemos investigar –y si quieres lo haremos juntos– lo que significa ser una luz para sí y a ver lo extraordinariamente importante que es tener esta luz.

Nuestro condicionamiento es aceptar la autoridad, la del sacerdote, la de un libro, de un “maestro”, de alguien que dice que sabe. En toda cuestión espiritual no debe haber ninguna autoridad en absoluto, pues de otro modo no puedes ser libre para investigar, para descubrir por tu cuenta lo que la reflexión y la meditación significan. Para examinar la cuestión de la vida espiritual tu interior debe estar completamente libre de toda comparación y autoridad, incluida, y en especial, la de nuestras palabras, las que están aquí escritas; porque si tú sigues lo que te escribimos, pues se acabó

Debes darte cuenta de la importancia de la autoridad del médico, del científico, y comprender interiormente la total falta de importancia de la autoridad, ya sea la de otro o la de tu propia experiencia, conocimiento, conclusiones y prejuicios. Las experiencias y el entendimiento propios también se convierten en la autoridad de uno: “Comprendo, por consiguiente tengo razón”. Todas esas son formas de autoridad de las que hay que darse cuenta. De otro modo nunca podrás ser una luz para ti mismo. Cuando eres una luz para ti, eres una luz para el mundo, porque el mundo eres tú y tú eres el mundo.

De manera que no hay nadie que te guíe, nadie que te diga que estás progresando, nadie que te dé ánimos. En el camino espiritual tienes que quedarte completamente solo. Y esta luz para ti mismo puede venir cuando investigas lo que eres por dentro. Eso es darse cuenta de uno mismo, saber lo que uno es. No según los psicólogos, de acuerdo con ciertos filósofos o según los que escribimos, sino conocer, darte cuenta de tu propia naturaleza, de tu propio

pensar y sentir, para descubrir toda su estructura. El autoconocimiento es extraordinariamente importante. Y no la descripción proporcionada por otro. Lo verdaderamente importante es “lo que es”, lo que tú eres; no lo que crees que eres o que deberías ser, sino lo que realmente está sucediendo.

Si lo has intentado alguna vez sabrás lo difícil que es darse cuenta de lo que realmente está pasando, como si dijéramos, dentro de la propia piel. Porque observamos a través del conocimiento del pasado. Si investigas con el conocimiento que has adquirido de una experiencia o que has recogido de otro, entonces te estás examinando a ti mismo desde el trasfondo del pasado. Por consiguiente, no estás realmente observando “lo que es”. Debe haber libertad para observar y, entonces, en esa observación empiezan a desplegarse toda la estructura y naturaleza de uno mismo. Muy pocas personas te dirán todo esto porque tienen su propio interés, quieren formar organizaciones, grupos, toda la estructura de ese negocio. Así que, por favor, si no te importa, préstale completa atención a lo que estás leyendo.

Para comprenderse a uno mismo debe haber observación, y la observación sólo puede tener lugar ahora. Ésta no es el movimiento del pasado observando el ahora. Cuando observo el ahora desde mis conclusiones, prejuicios, esperanzas y temores anteriores, esa es una observación del presente desde el pasado. Creo estar observando el presente, pero la observación del ahora sólo puede tener lugar cuando no hay observador que sea el pasado. La observación del ahora es extraordinariamente importante. El movimiento del pasado debe terminar al encontrarse con el presente; eso es el ahora. Pero si dejas que continúe, entonces el ahora se convierte en el futuro o en el pasado, pero nunca en el ahora actual. La observación solo puede tener lugar en el acto mismo de realizarla: cuando estás enojado, cuando eres codicioso, observarlo tal cual es. Lo que significa no condenar ni juzgar, sino observarlo y dejar que florezca y desaparezca. Nos gustaría que comprendieras la belleza de esto.

2. La verdad y el conocimiento.

La verdad.

Como te decíamos en el prólogo, los seres humanos creemos, de una forma equivocada, que aquello de lo que somos conscientes, lo que vemos, es la verdad. No nos damos cuenta que siempre hay más en la vida de lo que somos capaces de ver y que la verdad no siempre es visible, pero siempre nos acompaña.

La verdad, para el ser humano, no puede ser una verdad abstracta, erudita y aislada de la propia vida personal, porque la mente por sí sola no puede comprender la realidad. La verdad es la realidad, y ser consciente de la verdad es conocer y amar. La consciencia es ver la verdad, darse cuenta de la realidad, y esto significa siempre ser uno con la verdad. Sólo mediante la consciencia, la verdad, el conocimiento y el amor surge la acción adecuada.

El ser humano poco evolucionado elige la verdad que quiere creer. Pero el camino que disipa el sufrimiento no se basa en crear algo que no exista ya, ni en adquirir algo que no esté a nuestro alcance. Debemos investigar en el mayor número de fuentes que nos sea posible, que el discernimiento vaya haciéndonos asimilar los diferentes aspectos de la verdad y, al final, encontrar la propia verdad. Se necesita desterrar la ignorancia, percibir la fuente de la verdad y entrar en la propia verdad individual para obrar adecuadamente. Hay que ver con claridad que la verdad se encuentra en todas partes, incluso donde no se piensa encontrarla. Hay algunas verdades que son fáciles de encontrar, otras requieren esfuerzo y voluntad, y algunas de ellas... dolor.

La verdad es una Tierra sin caminos. No hay sendero hacia la verdad, ella debe llegar a nosotros. La verdad puede llegar a nosotros sólo cuando nuestra mente y nuestro corazón son sencillos, claros, y en el corazón tenemos amor. Sin embargo, no vendrá si nuestro corazón está lleno con las cosas de la mente. Cuando en el corazón tenemos amor no hablamos acerca de organizar la fraternidad ni de creencias, de división o de poderes que crean división, tampoco necesitamos reconciliarnos. Entonces somos, cada uno de nosotros, sencillamente un ser humano, sin rótulo alguno, sin una nacionalidad. Esto significa debemos despojarnos de todas esas cosas y permitirle a la verdad que se manifieste. Y la verdad sólo puede manifestarse cuando la mente está vacía, cuando cesa en sus creaciones. Entonces la verdad vendrá sin que la inviten. Llegará tan rápida y sorprendentemente como el viento. Llega en secreto, no

cuando la aguardamos, cuando la deseamos. Está ahí, tan súbita como la luz del Sol, tan pura como la noche. Pero para recibirla nuestro corazón debe estar lleno y la mente vacía. Ahora tenemos la mente llena y el corazón está vacío.

La verdad no se puede acumular. Lo que se acumula es siempre destruido, se marchita. La verdad no puede marchitarse jamás, porque sólo se puede dar con ella de instante en instante, en cada pensamiento, en cada relación, en cada palabra, en cada gesto, en una sonrisa, en las lágrimas. La verdad no tiene morada fija, la verdad no es continua, y tampoco tiene lugar permanente. Es siempre nueva; por lo tanto es intemporal. Lo que fue verdad ayer no es verdad hoy, lo que es verdad hoy no será verdad mañana. Sólo se encuentra la verdad cuando se ve de un modo nuevo la vida. La verdad no puede ser hallada en un medio particular, en un clima especial, entre determinadas personas. La verdad no puede estar aquí y allí no, y ninguna persona nos puede guiar hacia la verdad, porque no puede existir guía alguno que nos lleve a ella. Cuando se busca la verdad lo que se encuentra sólo puede provenir de la ignorancia, porque la búsqueda misma nace de la ignorancia.

Quienes ofrecen algo "positivo", aquellos que definen y clasifican aspectos de la Vida como son Dios, el amor, o la verdad son unos explotadores. Únicamente se es capaz de explicar lo que no son estas cosas, pues vivir a Dios, al amor o a la verdad le corresponde a uno mismo.

La verdad no es buena ni mala. Sólo los hombres superiores beben de las fuentes del conocimiento, pues ese conocimiento puede desquiciar la mente de quien no esté preparado para asumir la verdad. La verdad no puede ser conquistada, no puede ser tomada por asalto, si se intenta atrapar se escabullirá como el agua se desliza entre las manos.

No existe únicamente una verdad; en el plano que nos movemos no podríamos asimilarla. Solo las personas verdaderamente evolucionadas pueden tener acceso a una parte de ella. La verdad, nuestra verdad, es que la que nos permite obrar adecuadamente en nuestras vidas, por eso no hay dos verdades iguales. Nuestra verdad, nuestro objetivo personal, no es el mismo que el de otras personas. Cada uno de nosotros debe ver su verdad, y al verla nos encontraremos más cerca de la Verdad con mayúsculas, la que sólo se puede vivir con la totalidad del ser.

La verdad, la que se escribe con minúsculas, sólo la podremos vivir... viviendo. Viviendo lo que despreciamos, lo que nos parece aburrido, lo que nos parece absurdo, lo que es insustancial, lo que deseáramos borrar. Esa es nuestra verdad. Y justo ahí, está la sencillez.

Nadie puede acercarse a la verdad a través de ninguna organización, credo, sacerdote, o ritual, ni a través de alguna técnica filosófica. Se debe encontrar a través del espejo de las relaciones, a través de los contenidos de la propia mente, de la observación, y no a través del análisis intelectual o la disección introspectiva. Hemos construido en nosotros mismos imágenes – religiosas, políticas, personales– como una valla de seguridad. Estas se manifiestan como símbolos, ideas, creencias, etc. La carga de estas imágenes nos domina el pensamiento, las relaciones y toda nuestra vida cotidiana. Estas imágenes son la causa de nuestros problemas, pues dividen a la humanidad.

La verdad es la propia realidad de las cosas. No hay que irse muy lejos a buscarla, no hay que leer libros, ni siquiera necesitamos tener determinadas experiencias para ver la verdad. No se necesitan conocimientos, ni creencias, ni experiencias para poder ver la verdad. Muy al contrario, libros, conocimientos, experiencias, recuerdos... todo ello nos ciega a la luz que viene de la realidad de las cosas, tanto las que surgen de nuestro interior como las que vienen del exterior, de las cosas y de las personas con las que nos relacionamos.

Si no podemos buscar la verdad es porque la tenemos delante de nuestros propios ojos. Y la verdad, la vida, es un libro abierto que nos habla de ella misma. No obstante, para leerlo tenemos que atender intensamente a todo lo que nos rodea –personas, animales, plantas y cosas– sin dar nombre a nada, sin juzgar, con la mente en silencio pero el cerebro intensamente alerta. Al ver la realidad todo nos parece intensamente nuevo y fresco. Porque no es cierto que conozcamos a nuestra esposa, a nuestros hijos o a las personas que nos rodean, y, si lo miramos bien, todo parece nuevo, desconocido e imposible de nombrar sin perder consciencia de su realidad.

Es imposible nombrar con la mente y contener en ella la inmensidad de la vida presente, la vida que se encuentra en una rosa, en un niño o en una estrella. Si se nos ocurre "nombrar", utilizar la mente, y con ella todos sus recuerdos y experiencias, perderemos ese "lugar privilegiado de observación" que nos permite y nos impulsa a obrar adecuadamente.

Si juzgamos, condenamos o aprobamos, dejamos de ver la realidad, nos resulta imposible verla. Si contemplamos algo a través del juicio colocamos el principal obstáculo que nos impide observar y comprender las cosas tal como son. Decimos “tal persona es buena o mala, fea o hermosa”. A la hora de ver a una persona concreta ya es suficiente obstáculo el tener la idea de “inglés”, “gitano”, “mujer” o cualquier pensamiento que, además, le añadimos el juicio de “bueno”, “malo”, “guapa”, “fea”, etc. Todo ello nos impide ver porque, en realidad, una persona no es ni “buena” ni “mala”, es sencillamente “ella” en toda su singularidad. El cocodrilo, el león o el tigre no son “buenos” ni “malos”.

“Bueno” y “malo” dicen algo con relación al exterior de ellos. En la medida en que son útiles y sirven a nuestros propósitos, o son gratos a nuestros ojos, o constituyen para nosotros una amenaza, en esa medida les llamamos “buenos” o “malos”.

Si vemos una mesa y nuestra mente nos dice "esto es una mesa", y enumeramos las características de esa mesa perderemos la frescura, porque lo que pensamos de ella no es en verdad la mesa. Si juzgamos perderemos "la vida", entraremos dentro de nuestra mente, de nuestra memoria, de nuestros recuerdos y experiencias... y eso no es la realidad. Sencillamente debemos ver con intensidad. Si lo hacemos así entraremos en el momento eterno, en la eternidad, y desde aquí podremos comprender el tiempo, la muerte, el amor... y posiblemente conoceremos la verdad.

El conocimiento.

Una persona con conocimiento es aquella que ve las cosas tal como realmente son. Esa persona ve la realidad, es consciente y obra con conocimiento, amor y sacrificio en todas las situaciones que le plantea su propia vida. Como todos vivimos circunstancias diferentes, el conocimiento que necesitamos para obrar adecuadamente es diferente. Y esto dista mucho del ambicionado conocimiento erudito.

Casi todo el mundo cree, aunque sea de forma inconsciente, que una persona sabia, con verdadero conocimiento, debe ser erudita. Pero esto sólo es un error de perspectiva fruto de la ignorancia. Una persona sabia es la que ve con claridad su propia realidad, la que es consciente y obra siempre con conocimiento y amor en todas las situaciones que se plantean en su propia vida. Por lo tanto, como todos vivimos circunstancias diferentes, el conocimiento que necesitamos para obrar adecuadamente es diferente para cada uno. Y esto dista mucho de las enseñanzas generalistas o del conocimiento erudito.

La tecnología nos ha dado un considerable poder a la hora de manipular nuestro entorno, pero a este poder no suele acompañarle la sabiduría. Que alguien sea instruido y erudito no quiere decir que sea una persona espiritual y libre. Una persona espiritual quizás no haya acumulado mucha información, pero comprende aquello que ve y puede actuar, de forma adecuada y no reactiva, de acuerdo a su comprensión. La idea equivocada que podemos tener de una persona espiritual y sabia puede inclinarnos con facilidad a tratar de ser eruditos y vivir tranquilamente en el mundo, sin problemas o molestias. Pero cualquier esfuerzo dirigido a esto supone un error y sólo creará más dificultades.

Con el conocimiento sucede como con todos los demás aspectos de la vida, puede ayudarnos a vivir espiritualmente, a que seamos conscientes y obremos apropiadamente, o ser un objeto de deseo y de placer que aparte del camino. Cuando el conocimiento forma parte del deseo de una persona, cuando lo obtiene como fruto del deseo, se hace erudito, engrandece su ego y estrecha su consciencia. No es necesario que el conocimiento que alguien posea tenga que ser amplio para que sea erudito, aunque normalmente se entienda la erudición como un amplio y vasto conocimiento. Sólo un poco de conocimiento que fortalezca al propio ego convierte a las personas en eruditas. La erudición es una piedra de tropiezo y la causa por la que muchos se confunden y pierden la esencia de la verdad.

El saber erudito no resuelve los problemas, sólo mediante la experiencia directa se resuelven. Y para tener una vivencia directa ha de haber sencillez, lo cual significa que debe haber sensibilidad. El peso del saber erudito embotan la mente, también la embotan el pasado y el futuro. Sólo una mente capaz de ver la realidad, el presente, de instante en instante, puede hacer frente a las poderosas influencias y presiones que ejerce constantemente sobre nosotros todo lo que nos rodea.

Los que viven bajo el engaño de la erudición suelen ser tercos al sostener su propia manera de interpretar la vida. No obstante, deben darse cuenta que su conocimiento es limitado, que no son las únicas personas que tienen acceso al conocimiento y que es imposible tener completamente la razón. Muchas veces no hacen más que defender su particular punto de vista, que está basado en el ego. Al tener este ego, esta ilusión del “yo”, todos sus puntos de vista, su percepción de la realidad, están influenciados por él. Es imposible que sea de otro modo; si el cristal de la ventana está teñido de rojo todo se ve en el exterior de color rojo. La única persona que puede apreciar la verdad es aquella que posea un alma limpia y transparente, carente de la influencia y de las ilusiones del ego.

El conocimiento al que abramos nuestras puertas tiene que estar muy cerca de la realidad de nuestras vidas. Si no cumple esta condición, por su propio peso nos lleva hacia la vanidad y la confusión. El conocimiento más elevado, aquél que se puede emplear en la vida cotidiana, no se puede descubrir simplemente por la vía de la mente, sino que es preciso poner en juego todas las capacidades, toda la pasión y sensibilidad. Si el conocimiento no es completo sucederá que muchas veces se cree obrar con justicia y virtud cuando en realidad lo que se origina es la crueldad.

Como todos los seres humanos somos diferentes, nada ayudan para ver la verdad unas enseñanzas generales o eruditas. El conocimiento que se utilice

tiene que ser personalizado y concreto a la propia situación y, para poder asimilarlo, se debe estar siempre abierto a la verdad, por muy dura que ésta pueda resultar. El lugar desde donde debemos empezar a andar el camino de la madurez está justo en donde nos encontramos, donde se encuentran nuestros pies, y desde ahí debemos vivir conscientemente, reflexionar, comprender lo que somos en realidad y obrar adecuadamente.

Lo esencial no descansa en una verdad, sino en la armonía de todas, por ello, toda enseñanza es como una balsa, que está construida para hacer una travesía, pero a la que no hay que atarse. Quienes buscan la verdad mediante el conocimiento erudito, a través de una doctrina, suelen ser fanáticos y sectarios. Frecuentemente empeñan una parte importante de sus vidas, muchas veces toda, en cumplir unos objetivos que no pueden alcanzar. Si una persona trata de mostrarles otra perspectiva, de “hacerles ver” que puede existir otra realidad, suelen entender, aunque sea inconscientemente, que toda su vida no ha servido para nada, que se equivocaron en su búsqueda. Muy pocos seres humanos pueden o quieren darse cuenta de ello.

Como no existen verdades absolutas, ninguna doctrina ni ningún conocimiento erudito pueden ayudar a encontrar la verdad. Y mucho peor es que, además, la doctrina imponga dogmas de fe. Eso es como poner vendas a un ciego que quiere ver. Únicamente el conocimiento que provenga de todas las fuentes que se tengan al alcance, no exclusivamente una, puede ayudar a encontrar la pequeña verdad individual.

Nuestra sorpresa sería enorme si pudiéramos ver a las personas en las que sus amigos del camino de la Luz se recrean y se alegran, y también a las personas que, por perderse en la erudición y dejar de esta forma de obrar como es preciso, se entristecen. A muchos de los que accedieran a esta visión les surgirían los celos y la aversión.

Las opiniones sólo tienen lugar cuando se refieren a las cosas materiales y mecánicas. Fuera de estos casos, no es lo más adecuado tener opiniones de ninguna clase. Cuando no necesitemos aplicar la mente en estas cuestiones materiales y temporales es preciso que se encuentre en silencio y receptiva. Muchas personas que no viven la realidad y su conocimiento es erudito tienen el ideal y la creencia que únicamente deben, por ejemplo, “amar”. Viven en su propia ilusión y no comprenden que deben permitir que su mente se aquiete y ver con toda su alma la causa de sus condicionamientos y la razón por la que tienden a no hacer lo que es adecuado. Únicamente viendo la verdad de lo que uno es, la propia verdad, en la vida de cada día, se puede obrar en justicia y obrar de manera apropiada.

Muchos creen que para ver tenemos que obligarnos y no dejar que ninguna idea se forme en nuestra mente. Sin embargo, algo semejante nos colocaría junto a seres inanimados. No es el pensamiento, ni las formaciones que la mente crea, lo que obstaculiza la visión de la realidad, sino que es la falta de consciencia y el apego a cualquier pensamiento u opinión en particular. Si por una parte liberamos nuestras mentes del apego y, por otra, de la práctica de reprimir ideas, despejaremos el camino que nos acerca el conocimiento y a la Luz. Si obramos de otro modo nos cerraremos y esclavizaremos.

A veces escuchamos, leemos un texto o experimentamos algún acontecimiento que, aunque sea de lo más habitual, nos toca el corazón y el entendimiento y nos ilumina el camino que necesitamos tomar. Se despierta entonces en nuestro interior una sabiduría que desde el principio de la eternidad nos acompaña. Cuando el conocimiento es verdadero, y no mera erudición, no nos viene desde afuera, sino que surge desde nosotros mismos, desde una fuente interior, y es entonces “nuestro” conocimiento. El otro tipo de conocimiento, el erudito, no deja de convertir a las personas en loros que simplemente repiten una serie de datos y de información.

En la vida espiritual existe una regla que exige que cuando recibimos un conocimiento comencemos viviéndolo antes de querer predicarlo a nuestro alrededor. Es una regla importante que hay que tener en cuenta. Tenemos que experimentar esa verdad que recibimos, ejercitarnos con ella, guardarla por algún tiempo y vivir con ella para hacerla nuestra. Mientras no hayamos vivido y experimentado una verdad, ésta no forma parte de nosotros; por esta razón puede abandonarnos y deberemos de nuevo trabajar para volverla a encontrar. Cuando por fin llegue a ser parte de nosotros mismos, nos sentiremos tan fusionados con ella que nada en el mundo podrá hacérsela perder. Entonces, no sólo no nos abandonará, sino que cuando la comuniquemos a los demás tendrá tal fuerza, tal poder, ayudado por nuestro acento de sinceridad, que llegaremos a transmitirla y a convencer. El timbre de nuestra voz y las emanaciones que saldrán de nosotros serán realmente persuasivas. Y esto sucede así porque hemos guardado el tiempo necesario esta verdad para nosotros mismos, y guardándola la hemos reforzado. Por eso debemos comenzar guardando el conocimiento para nosotros mismos con el fin de que nos aporte fuerzas y nos ayude a superar las pruebas que tendremos que atravesar. A partir de entonces ya nunca nos abandonará.

Deberíamos preguntarnos por qué se leen tantos libros de manera insaciable, por qué se asiste a actos “sagrados” y se pertenece una u otra secta. El conocimiento más importante se halla en nuestro propio interior. Debemos abrir las páginas de este libro inagotable que es la fuente de todo conocimiento, ser totalmente conscientes y así permitir que la mente se silencie, se apacigüen

sus ondas mentales y sumergirnos profundamente en el ser. Todas las angustias desaparecerán, sólo permanecerán la paz y el conocimiento que nos permitirán obrar apropiadamente.

Es muy importante el conocimiento propio. Para descubrirlo se debe prescindir de las actividades de la mente y “tocar” la verdad. La persona espiritual no necesita libros, sino que aprende del verdadero libro de la vida. Pero ésta es una perspectiva superior desconocida por el común de los humanos.

El conocimiento propio.

Sabemos que ser espiritual es ser consciente y obrar adecuadamente. Y ser consciente significa conocerse a sí mismo. Sólo una persona que se conoce a sí misma puede vivir espiritualmente, pues conocerse a sí mismo es conocerlo todo. Nosotros somos los responsables de nuestras acciones. Cada uno de nosotros contiene la historia de la humanidad, con sus ansiedades, temores, soledad y desesperación, con su angustia y su dolor. Toda esta compleja historia está en nosotros. A pesar de ello, somos negligentes en aprender de nosotros mismos, de nuestras acciones, y por eso no vemos que somos responsables, por nuestras mismas acciones, de lo que está ocurriendo en el mundo.

El conocimiento propio es el descubrimiento, de instante en instante, de las formas que adopta el ego, de sus intenciones y de sus diferentes actividades, pensamientos y apetitos. Conocernos a nosotros mismos es conocer cada pensamiento, cada estado de ánimo, cada palabra, cada sentimiento, es conocer la actividad de la propia mente. Sin conocernos a nosotros mismos no es posible vivir espiritualmente. Es muy importante comprender qué es este conocernos a nosotros mismos. Sencillamente es estar atento, sin opción ni preferencia alguna, al “yo”, el cual tiene su origen en un haz de recuerdos. Sólo estar conscientes de él, sin interpretarlo, observar el movimiento de la mente, sin ningún fin, sin ninguna idea o creencia.

Para conocernos debemos estar atentos a nosotros mismos en la acción. El conocimiento propio surge cuando estamos atentos a nosotros mismos en la relación, pues la relación que tenemos con las personas y las cosas revela lo que somos de instante en instante. La relación es un espejo en el cual podemos vernos tal como somos en realidad.

El conocimiento propio no es un fin en sí mismo, pues nuestro propósito es ver la realidad y obrar adecuadamente. Para obrar apropiadamente es esencial que nos conozcamos. Debemos conocernos tal y como somos, no como quisiéramos ser, lo cual tan sólo es un ideal y, por lo tanto, algo ficticio e irreal.

Sólo podemos obrar sobre la realidad, pero jamás podremos hacerlo sobre lo que deseáramos ser. Conocernos tal como somos requiere una vigilancia extraordinaria de la mente, porque lo que es experimenta modificaciones y cambios constantes. Y para poder seguirlos con rapidez no debemos estar atados a ningún dogma, a ninguna creencia, a ningún modelo de acción. Si nuestra intención es ver y obrar adecuadamente, no nos ayuda para nada estar atados. Si somos codiciosos, envidiosos o violentos, de poco vale que tengamos un ideal de no violencia, de no codicia o de no lo que sea.

La comprensión de lo que somos, el comprender sin distorsión alguna lo que en verdad somos y obrar adecuadamente con respecto a lo que somos y hacemos es el principio de la virtud. La virtud es esencial, ella es el resultado de nuestra vida espiritual.

No podemos tratar de obtener lo eterno, la mente no puede adquirirlo. Lo eterno, lo que está más allá, se manifiesta a sí mismo cuando la mente puede estar quieta, y la mente puede estar quieta sólo cuando es sencilla, cuando ya no acumula, ni condena, ni juzga, ni sopesa. Sólo la mente sencilla puede comprender lo real; no así la mente repleta de palabras, de conocimientos y de informaciones. La mente que analiza y que calcula no es una mente sencilla.

Tal vez jamás hemos experimentado ese estado de la mente en el que existe un completo abandono de todas las cosas, un desprendimiento total. Y no podemos abandonarlo todo sin que haya una profunda pasión. Es imposible que nos podamos desprender de todo mediante el plano intelectual o emocional. El desprendimiento total ocurre cuando existe una pasión intensa. Si no somos apasionados, si no somos intensos, jamás podremos vivir espiritualmente ni comprender ni sentir la cualidad de la belleza. Quien mantiene algo en reserva, quien tiene un interés en algo, tampoco podrá nunca ser espiritual, ni conocer la belleza, ni comprender qué es el amor.

El destello de la comprensión tiene lugar cuando cesa la verbalización del pensamiento, cuando la mente está muy quieta y silenciosa. La comprensión de la verdad, la verdad que se encuentra en todas las cosas, sólo puede tener lugar cuando la mente está quieta. No obstante, esa quietud no puede ser cultivada ni disciplinada, si así lo hiciéramos lo único que tendríamos es una mente muerta.

Cuando más nos interesamos en algo, cuanto mayor es nuestra intención de comprender, tanto más simple, clara y libre se torna nuestra mente, cesan todos sus movimientos y cesa la verbalización. La mente que está ocupada, que parlotea, no puede comprender la verdad; la verdad se encuentra en la relación, no es una verdad abstracta. No hay, no existe, ninguna verdad abstracta.

Ahora bien, la verdad es muy sutil. Como un ladrón en la noche llega sigilosamente, no llega cuando estamos preparados para recibirla. Si nuestra mente está preparada no podemos conocer lo desconocido, ya que nosotros mismos somos lo desconocido. Si tenemos algún concepto preconcebido acerca de nosotros mismos, no podemos comprender lo desconocido, aquello que es espontáneo. Lo espontáneo es lo nuevo, lo desconocido, lo incalculable, aquello que debe ser expresado, amado, en lo cual la voluntad, como dirección y control, no tiene participación alguna.

En el mundo no hay seguridad, la vida no es estática, aunque nos gustaría que lo fuese. La vida es relación, y ninguna relación es estática porque la vida es movimiento. Ver este movimiento y ser consciente de él es meditación. Debemos estar alerta a cada pensamiento para saber de qué fuente brota y cuál es su propósito. Y cuando conocemos todo el contenido de un pensamiento se revela el proceso total de la mente.

El conocimiento superior.

La idea de un conocimiento superior, que sobrepasa todo conocimiento humano ordinario y que es inaccesible a la gente común, pero que existe en alguna parte y pertenece a alguien, se encuentra en toda la historia del pensamiento de la humanidad desde las épocas más remotas.

El conocimiento superior es también llamado "conocimiento oculto" y, algunas veces, "conocimiento antiguo". Todas las religiones, los mitos, las creencias, todas las leyendas heroicas populares de todos los pueblos y países, están basados en el reconocimiento de la existencia, alguna vez y en algún lugar, de un conocimiento muy superior al conocimiento que poseemos. Y, en un grado considerable, el contenido de todas las religiones y mitos consiste en formas simbólicas que intentan transmitir la idea de este conocimiento oculto.

La idea sobre el conocimiento oculto existe, pero en formas no concretas ni definidas. Y la misma idea tiene que ser frecuentemente desenterrada con gran dificultad del fondo de montañas de mentiras, tanto creadas con intención como sin ella, de engaños y autoengaños, y de intentos ingenuos de presentar en formas comprensibles, tomadas de la vida ordinaria, lo que por su propia naturaleza es diferente y superior.

El trabajo de encontrar las huellas del conocimiento antiguo u oculto, o aún indicios de su existencia, se asemeja al trabajo de los arqueólogos que buscan huellas de una olvidada civilización antigua, y que las encuentran enterradas bajo varios estratos de cementerios dejados por pueblos que vivieron

desde entonces en ese lugar, separados posiblemente por miles de años e ignorantes uno de la existencia del otro.

Sin embargo, cada vez que un investigador se encuentra con los distintos intentos de expresar el contenido del conocimiento oculto, siempre se encuentra con lo mismo, con la asombrosa pobreza de recursos con los que cuenta quien desea comunicarlo. Ante esta dificultad, las personas que poseen conocimiento recurren a la literatura para poder expresar lo que no puede ser traducido a palabras. Muchos cuentos y mitos, como la lámpara de Aladino, y aquéllos que tratan sobre riquezas y tesoros escondidos, custodiados por dragones y otros monstruos, sirven para expresar la relación del ser humano con el conocimiento oculto. La "piedra filosofal" de los alquimistas también lo simbolizaba.

La humanidad, ante la idea del conocimiento oculto, recuerda a las gentes en los cuentos de hadas a quienes alguna diosa, hada o mago, promete darles todo lo que ellas quieran, con la condición de que digan exactamente qué es lo que quieren. Y generalmente en estos cuentos las gentes no saben qué pedir. En algunos casos el hada o el mago ofrece satisfacer hasta tres deseos, pero aún esto no sirve para nada. En todos los cuentos de hadas de todas las épocas y pueblos, los seres humanos se sienten irremediabilmente perdidos cuando se encuentran ante la pregunta de qué es lo que desean y de qué es lo que les gustaría tener.

Son absolutamente incapaces de determinar y formular su deseo. O bien en ese momento recuerdan sólo algún pequeño deseo sin importancia, o expresan varios deseos contradictorios que se anulan entre sí; o aún más, son incapaces de ceñirse a los límites de lo posible y, siempre deseando más y más, terminan por tratar de dominar fuerzas más altas, sin darse cuenta de la pobreza de su propio poder y capacidad. Y así nuevamente caen, nuevamente pierden todo lo que han alcanzado, porque ellos mismos no saben con claridad qué es lo que quieren. Ahora bien, es lo mejor para el ser humano que en los momentos en que algo nuevo y desconocido se hace posible no sepa lo que quiere, y la oportunidad que de repente apareció repentinamente también desaparece.

Es imposible considerar el estado ordinario de conciencia, en el cual somos capaces de pensar lógicamente, como el único posible y el más claro. Al contrario, en otros estados de conciencia, que son raros y han sido muy poco estudiados podemos aprender y entender lo que no podemos entender en nuestros estados ordinarios de conciencia. El estado "ordinario" de conciencia es sólo un aspecto particular de la conciencia, y nuestra concepción ordinaria del mundo es sólo un aspecto particular de la concepción del mundo. En los poco comunes, raros y excepcionales estados del ser, llamados estados "alterados" de conciencia, existe una cierta "lógica" completamente ilógica, se accede a un conocimiento que es superior al conocimiento ordinario.

Todos los puntos de vista de la vida están divididos en dos clases con respecto a esta cuestión. Hay concepciones del mundo que se basan enteramente en la idea de que vivimos en una casa en la que hay un secreto, algún tesoro enterrado, algún almacén secreto de objetos preciosos, que alguna vez alguien puede encontrar, y que algunas veces ha sido encontrado. Y entonces, desde este punto de vista, el fin entero y todo el significado de la vida consiste en la búsqueda de este tesoro, porque sin él todo el resto de las cosas carece valor alguno. Y hay otras teorías y sistemas en los que no se encuentra la idea de ningún "tesoro por encontrar", para las que todo es igualmente visible y claro o todo igualmente invisible y oscuro.

Con todo, el ser humano suele tener consciencia de estar rodeado por la muralla de lo desconocido, y al mismo tiempo cree que puede atravesar esa muralla y que otros la han atravesado. Además, se pierde en imaginaciones y divagaciones sobre lo que puede haber detrás de esta muralla. No sabe qué es lo que le gustaría encontrar ahí o qué es lo que significa poseer conocimiento. Ni siquiera se le ocurre que un ser humano puede mantener diferentes relaciones con lo desconocido, unas son relaciones adecuadas, que le acercan a la verdad, y otras incorrectas, que le alejan de lo que debe ser.

La humanidad ordinaria se puede comparar a las hojas de un árbol, que cambian todos los años. A pesar de esto se consideran el centro de la vida, no comprendiendo que el árbol tiene tronco y raíces, y que además de hojas sostiene flores y frutos. Las personas que poseen un conocimiento superior son, por así decirlo, una humanidad dentro de la humanidad, y es el cerebro, o más bien el alma inmortal de la humanidad, donde se conservan todas las consecuciones, todos los resultados, todos los logros de todas las culturas y todas las civilizaciones.

Uno puede ver la cuestión desde otro ángulo y tratar de encontrar en el ser humano mismo una analogía con la relación a las personas que poseen un conocimiento superior y las que se desenvuelven simplemente con el conocimiento ordinario. Esta analogía consiste en la relación del cerebro con el resto del cuerpo humano. Si tomamos el organismo humano y comparamos la relación entre los "más altos" o "más nobles" sistemas, como es principalmente el sistema nervioso y cerebral, con los otros sistemas del organismo, como el muscular, el que corresponde a las células de la piel, etc., encontramos una analogía casi completa con la relación que existe entre los tipos de conocimiento y las obras que pueden realizar los seres humanos que los poseen.

En cada época de la historia el conocimiento humano, es decir el "conocimiento ordinario", o el conocimiento "conocido", el "aceptado", ha abarcado un círculo definido de observaciones y deducciones sacadas de él. A medida que el

tiempo ha pasado este círculo ha crecido, pero, si así puede decirse, siempre ha permanecido en el mismo plano. Nunca lo ha sobrepasado.

Creando en la posibilidad y en la existencia de un conocimiento superior, del conocimiento "oculto", las gentes siempre le han adjudicado nuevas propiedades, siempre lo han considerado como saliendo del plano del conocimiento ordinario y yendo más allá de los límites de los cinco sentidos. Este es el verdadero significado del conocimiento "oculto", del conocimiento mágico, milagroso, etc. Si separamos del conocimiento superior la idea de que va más allá de los cinco sentidos, éste pierde todo su significado e importancia.

En todos los mitos y cuentos de hadas de todos los tiempos encontramos la idea de "magia", "brujería" y "hechicería" que, a medida que nos acercamos a nuestra propia época, toman la forma de "espiritualismo", "ocultismo" e ideas afines. Pero aún las gentes que creen en estas palabras entienden muy imperfectamente lo que significan realmente y en qué sentido el conocimiento de un "mago" o de un "ocultista" difiere del conocimiento de un hombre ordinario.

La gente se sorprende y, con mucha frecuencia, se vanagloria sobre las posibilidades ilimitadas del conocimiento, sobre los inmensos horizontes que se abren a la ciencia, etc., pero en realidad todas estas "posibilidades ilimitadas" están limitadas por los cinco sentidos —vista, oído, olfato, tacto y gusto— además de la capacidad de razonar y comparar, más allá de lo cual nunca puede ir el ser humano.

El conocimiento superior, mágico u oculto es el conocimiento basado en los sentidos que sobrepasan a los cinco sentidos ordinarios, y está también fundamentado en la capacidad de pensar que sobrepasa al pensamiento común, pero es conocimiento traducido al lenguaje lógico ordinario, si ello es posible o en el grado que esto pueda serlo.

Cuando se habla de conocimiento común, es necesario repetir una vez más que aún cuando el contenido del conocimiento no sea constante, es decir, que cambia y aumenta, siempre lo hace dentro de límites definidos y estrictos. Todos los métodos científicos, todos los aparatos, todos los instrumentos y utensilios no son sino un adelanto sobre y hacia el ensanchamiento de los cinco sentidos, en tanto que las matemáticas y todos los cálculos posibles no son sino la ampliación de la capacidad ordinaria de comparación, razonamiento y obtención de conclusiones. No obstante, al mismo tiempo algunas construcciones matemáticas van tan lejos de los dominios del conocimiento ordinario, que pierden toda conexión con él. Las matemáticas encuentran tales relaciones de magnitudes o relaciones de relaciones como no las hay en el

mundo físico que observamos. Sin embargo, somos incapaces de hacer uso de estos adelantos matemáticos porque en todas nuestras observaciones y razonamientos estamos acorralados por nuestros cinco sentidos y las leyes de la lógica.

El acceso al conocimiento superior.

A medida que una persona acceda a más conocimiento, con tanta mayor severidad será juzgada por la Ley de la Vida si no viviera espiritualmente. Todos debemos responder por el uso que hemos hecho del conocimiento al que hemos accedido.

Para vivir espiritualmente se necesita conocer. Pero también se debe vivir espiritualmente para tener abiertas las puertas del conocimiento superior. El conocimiento superior es aquel conocimiento del que todavía no somos conscientes, pero que si estuviéramos capacitados para asimilarlo y accediéramos a él nos permitiría obrar con una idoneidad que ahora nos resulta imposible. En este sentido, sólo a la persona que se encuentre preparada se le abrirán los caminos del conocimiento.

Parece, a simple vista, que se necesita cumplir ciertas condiciones para vivir la vida espiritual, y hay quien cree que es cumpliendo estas condiciones como se entra en el sendero de la espiritualidad. Pero no es el cumplir las condiciones lo que hace a la persona espiritual, pues estas mismas condiciones se cumplen únicamente como resultado de vivir una vida espiritual. No, no existen, en realidad, condiciones para vivir espiritualmente, pues la espiritualidad es, sencillamente, ser conscientes y obrar adecuadamente. No obstante, sí es verdad que de la espiritualidad surge el cumplimiento de ciertas leyes. Vivir espiritualmente significa que se cumplen una serie de condiciones que no se establecen por arbitrariedad, sino que resultan de la propia naturaleza de la vida.

Quien no quiera o no pueda cumplir las severas condiciones que supone vivir espiritualmente tendrá, por el momento, que renunciar al conocimiento. Es verdad que las condiciones del camino espiritual son severas, pero no duras, pues su observancia debe ser un acto de libre decisión. Para quien no lo tenga en cuenta, las exigencias de vida espiritual fácilmente pueden parecer como que ejercieran una coerción sobre el alma o la consciencia.

Si alguien quisiera conocer pero quedarse con sus emociones, sentimientos e ideas habituales, pediría algo totalmente imposible, porque no buscaría otra cosa que la satisfacción de su curiosidad y su deseo de saber algo

nuevo. Sin embargo, con tal actitud nunca se puede adquirir el conocimiento superior.

La vida no exige el pleno cumplimiento de ninguna condición, sino únicamente la intención de vivir una vida espiritual y la realización del trabajo que ello supone. Ninguno de nosotros puede cumplirlas íntegramente, pero todos podemos ponernos en camino con el fin de conseguirlo. Sólo se requiere la voluntad con una firme actitud interior.

La primera condición, que como todas las demás condiciones se cumple con el hecho de vivir espiritualmente, es estar atento en mantener y favorecer el buen estado de la salud corporal y espiritual. Es obvio que la salud no depende, inicialmente, del ser humano; pero está al alcance de todos el hacer todo lo posible en su favor. Sólo de un hombre o mujer sanos puede nacer un conocimiento sano. El conocimiento no rechazará a una persona que no esté sana, pero le exige que tenga la voluntad de vivir sanamente.

A este respecto, el ser humano debe alcanzar la mayor independencia. Los buenos consejos de los demás son, por lo general, enteramente superfluos; cada uno debe esforzarse en hacer lo apropiado por sí mismo. Desde el punto de vista físico, más que de otro plano, tratará de alejarse las influencias nocivas. Ciertamente, muchas veces, para cumplir con los propios deberes, se tienen que hacer cosas que no favorecen nuestra salud. El ser humano debe saber, en el caso dado, anteponer el deber al cuidado de la salud. Pero a muchas cosas puede renunciarse con algo de buena voluntad. El deber debe colocarse, en muchos casos, por encima de la salud y aún de la vida; pero la persona espiritual nunca hará lo mismo con el goce. El goce será para él únicamente el medio para conservar la salud y la vida. , sobre esto mismo, es indispensable ser absolutamente sincero y veraz consigo mismo. De nada sirve llevar una vida ascética si esto responde a móviles semejantes al de otros goces. Uno puede sentir satisfacción en el ascetismo como a otro le gusta tomar vino, pero no podrá esperar que tal ascetismo le sirva para obtener el conocimiento superior.

Se debe hacer todo cuanto sea compatible con la situación en que uno se encuentre para favorecer la salud del cuerpo y del alma. El pensar con calma y claridad y el certero sentir forman aquí la base de todo. Uno debe hacer suyo un sano criterio para todas las situaciones de la vida; en tranquilidad debe recibir las impresiones de las cosas y dejar que ellas le digan lo que son. La voluntad será la de responder adecuadamente, en todo momento, a lo que la vida pueda exigir.

Otra condición consiste en sentirse como miembro integrante de la vida entera. Su cumplimiento abarca mucho, pero cada uno sólo puede realizarlo a su

propia manera, partiendo de la actitud interior de intentar comprender la razón de que todo lo que sucede va cambiando el modo de pensar de las personas, tanto en las cosas más pequeñas como en las más importantes. Con esta actitud nos alejamos de formular juicios, pues llegamos a conocer el motivo que subyace a toda situación, y nos situamos a un paso de comprender en profundidad la realidad de la Unidad, de entender que somos miembros integrantes de la humanidad entera, y que compartimos la responsabilidad por todo lo que acontece.

Con esto no se quiere decir que tal pensamiento tenga que traducirse inmediatamente en acciones externas agitadoras, pero debe reflexionarse y así, lentamente, se perfilará una conducta cada vez más adecuada. Sería del todo equivocado relacionar esta realidad, con alguna exigencia, menos aún de carácter político. Será el discernimiento de cada cual el que le impulse a obrar adecuadamente en sus propias circunstancias.

La persona evolucionada sabe que su verdadera esencia, la esencia del ser humano, reside en su consciencia, que abarca lo interno y lo externo, y en sus obras. Aquel que sólo se considere como resultado del mundo físico o de sus propias emociones no podrá vivir espiritualmente, pues uno de los fundamentos de la espiritualidad es la libertad para obrar. Quien tenga en sí mismo tal sentimiento será capaz de distinguir entre la obligación que dicta la consciencia y el deseo de éxito en el mundo exterior, y aprenderá que nadie puede compararse con otro.

La persona espiritual ha de encontrar el justo medio entre lo que le imponen las condiciones en las que se encuentra y lo que él mismo reconoce como lo correcto para su proceder. No debe tratar de persuadir a los demás de cosas para las que ellos no pueden tener la debida sensibilidad ni comprensión, pero tampoco debe ceder a la tentación de amoldar su actuar a lo que ellos puedan aprobar. El apoyo de su verdad lo debe encontrar únicamente en su consciencia, en el estado de su propia alma sincera que anda el camino espiritual.

Tiene que estar dispuesto a aprender de los demás todo cuanto le sea posible, a fin de sondear lo que sea útil y beneficioso. De esta manera, desarrollará en sí mismo algo así como una "balanza espiritual". En uno de sus platillos se encuentra un corazón abierto a las necesidades del mundo y, en el otro, la firmeza interior y la perseverancia inquebrantable que el obrar adecuado requiere.

Una condición más es la constancia en realizar toda decisión, una vez que se la haya tomado. Nada debe inducir a la persona espiritual a abandonar una

decisión tomada, salvo la comprobación de que se había equivocado. Toda decisión equivale a una fuerza que obra a su manera, aunque a simple vista parezca que no produce los resultados esperados.

El éxito constituye el factor esencial únicamente cuando la acción surge de una apetencia, de un deseo. Sin embargo, toda acción engendrada por la apetencia carece de valor. El único factor determinante, que debe nacer de la consciencia, ha de ser el amor que induce a la acción. En este amor debe converger todo cuanto induzca al ser humano a obrar. De esta forma no cesará en sus esfuerzos para realizar lo decidido, por numerosas que sean las contrariedades, y no esperará a los efectos exteriores de sus acciones, pues sencillamente encontrará como buena la acción misma. La persona espiritual sacrifica, en beneficio de la humanidad, sus propias acciones y hasta su ser entero, sin importarle cómo el mundo reciba su sacrificio. A tal sacrificio debe estar dispuesto quien viva espiritualmente.

Una nueva condición consiste en permitir los sentimientos de gratitud hacia todo cuanto favorezca al ser humano. Deberemos ser conscientes de que nuestra propia existencia nos es dada como obsequio del universo entero. Muchas cosas se necesitan para que cada uno reciba y viva su existencia, y mucho debemos a la naturaleza y a nuestros semejantes. A pensamientos y a sentimientos de esta índole se inclinan las personas que tienen la voluntad de conocer. Quienes no sean capaces de abandonarse a ellos no podrán permitir en sí mismos el amor universal necesario para conocer. Lo que no amamos tampoco se nos puede revelar, y toda revelación ha de llenarnos de gratitud, pues nos enriquece.

Todas estas condiciones deben aunarse en la última: considerar la vida, en todo momento, según las exigencias de sus condiciones. Así como no basta con que un cuadro exista en la mente del pintor para que tenga realidad objetiva, tampoco puede haber conocimiento sin su aspecto exterior. La forma no tiene realidad sin el espíritu pero, del mismo modo, éste permanecería inactivo si no se creara una forma.

Cuando una persona cumple las condiciones señaladas significa que está viviendo espiritualmente y que se le ofrece la fuerza y la calidad necesarias para responder a las exigencias ulteriores que la vida impone. Sin haber cumplido estas condiciones vacilará ante todo nuevo requisito. Sin ellas, no podría tener la suficiente confianza en la humanidad. Toda voluntad de entrar en la verdad tiene que cimentarse en la espiritualidad, en la confianza y en el verdadero amor a la humanidad, debe siempre fundarse en estas cualidades. Si bien, únicamente pueden surgir de la consciencia y de la propia fuerza del alma. Y ese amor hacia lo humano debe ir creciendo hasta abarcar a todos los seres y a todo cuanto

existe. Si la espiritualidad de una persona no cumple con las condiciones señaladas no podrá sentir todo el amor necesario para construir y para crear lo que la vida exige, ni para renunciar a la inclinación de destruir y de aniquilar.

Se debe ser una persona que, no solamente en actos, sino también en palabras, sentimientos y pensamientos, nunca aniquile por aniquilar. Todo cuanto nace, crece y se desarrolla, ha de causar alegría, y uno sólo se prestará para aniquilar cuando también sea capaz de propiciar la generación de nueva vida en base y por medio de la aniquilación. Esto no quiere decir que la persona espiritual tolere que se extienda el mal, sino que ha de buscar, incluso en el mal, los aspectos que le permitan transformarlo en bien. Así se va comprendiendo, cada vez con mayor claridad, que la mejor manera de combatir el mal y lo imperfecto es mediante la creación de lo bueno y de lo perfecto. De la nada no se puede crear cosa alguna, pero lo imperfecto puede transformarse en lo perfecto. El que permita en sí mismo la inclinación a crear, mediante la consciencia y el conocimiento, no tardará en adquirir la facultad de encontrar la correcta actitud frente al mal.

La persona que se decida a andar por el camino espiritual debe tener presente que éste se propone construir y no destruir. Por tanto, debe aportar la buena voluntad de llevar a cabo un trabajo sincero y abnegado y de renunciar a la crítica y a la destrucción. Debe ser capaz de sentir devoción, porque tendrá que aprender lo que aún no sabe, y mirar con devoción lo que se le revele. Trabajo y devoción son los sentimientos fundamentales que la vida espiritual le exige.

Muchos pensarán que no progresan en su desarrollo espiritual, a pesar, según su opinión, de sus incesantes esfuerzos. Esto obedece a que no han captado el sentido correcto del significado de trabajo y devoción. El trabajo que se emprenda con miras al éxito será el que menos lo produzca, y el estudio que no se haga con devoción será el que menos conduzca al progreso. Sólo el amor al trabajo, y no el amor al éxito, lleva adelante, y si la persona busca el sano pensar y el certero juicio no tendrá motivo para reducir su devoción con dudas y desconfianza.

Devoción no significa dependencia servil en el juicio propio, no es responder inmediatamente a lo que la vida nos comunica con nuestra opinión personal, sino obrar en actitud serena de devoción y abnegación. Los que han llegado a cierto grado de conocimiento saben que todo lo deben al tranquilo escuchar, y no a su obstinado criterio personal.

Hay que tener muy presente que no hace falta aprender lo que ya se es capaz de juzgar. En consecuencia, si únicamente se desea juzgar ya no queda

lugar para aprender. Pero en la espiritualidad se trata precisamente de aprender, y la persona espiritual debe estar enteramente dispuesta a aprender. Si hay algo que no se comprende más vale abstenerse de juzgar, en vez de condenar, y dejar la comprensión para más tarde. Cuanto más se ascienda a grados superiores de conocimiento tanto más se necesita escuchar con calma y devoción.

En la voluntad de conocer la verdad, en el vivir espiritualmente, siempre surgen aspectos de la Vida más sutiles y delicados. Cuanto más se amplíen las esferas del ser humano tanto más delicado se torna todo lo que tiene que emprender. Por esta razón, la humanidad llega a "opiniones" y "puntos de vista" tan diferentes en lo que atañe a la verdad, cuando en realidad hay una sola verdad. Para permitir la más alta posibilidad de la propia verdad, para acercarse a la Verdad con mayúscula, es preciso haberse elevado, por el trabajo y la devoción, a percibir realmente la propia verdad. El ser humano se aleja de la verdad si juzga las cosas sin la suficiente preparación, según ideas, pensamientos e inclinaciones habituales.

Si se tomara esto en cuenta, a nadie le sorprenderían las condiciones de la vida espiritual. Es absolutamente cierto que la Verdad y la vida superior moran en cada alma humana, y que cada uno, por sí mismo, puede y debe encontrarlas. Ahora bien, yacen en lo profundo, y sólo después de haber removido los obstáculos, es posible extraerlas de sus recónditos lugares.

Cómo se logra esto sólo puede descubrirlo cada uno viviendo espiritualmente. La espiritualidad no obliga a nadie a aceptar una verdad, ni establece ningún dogma, sólo indica el sendero. Por ella, el ser humano lo recorre y llega al punto en que, cooperando en los planos donde se trabaja por el bien y por la evolución de la vida, desintegra el ego.

3. El maestro interior.

Los maestros, en este plano material, no existen, nadie puede decir que sea un maestro. La vida es infinita y eterna, y el aprendizaje sobre ella, sobre uno mismo, también lo es. Todos los seres vivos somos aprendices, unos en un grado y otros en otro, y a medida que avanzamos por el camino espiritual, por el camino de la misma vida, vamos viviendo progresivamente la plenitud.

Muchas personas creen que necesitan un maestro espiritual que les guíe y lo buscan. Se dan cuenta de que les falta conocimiento y que ni profesores, sacerdotes o pastores, psicólogos o psiquiatras pueden ayudarle a realizar en sus vidas la verdadera calidad humana. Todos necesitamos hacer surgir en nuestras vidas cotidianas ese Ser que llevamos oculto y que es lo único que puede transformar nuestras vidas y también al mundo.

Existe una dimensión de la vida que está más allá de lo que una persona común alcanza a percibir y que, a pesar de ello, siempre se encuentra presente. Muchos seres humanos perciben de una manera irresistible esa realidad que trasciende a todo lo que perciben los sentidos y que no puede ser hallada ni medida por el pensamiento ni por la ciencia actual. Sienten que necesitan y desean encontrar esa experiencia espiritual, esa vivencia verdaderamente religiosa que orienta y encamina la vida hacia la Luz, el conocimiento y el amor.

El ser humano tiene nostalgia de ese Ser que está más allá de todas las cosas pero que, a su vez se encuentra en su interior. Para encontrar a este Ser, para que surja en nuestro interior ese estado pleno de Ser, se necesita vivenciar cierta experiencia que es personal. Es necesario sentir una llamada y, además, haber alcanzado cierta madurez. Para Ser es necesario un maestro, pero no cualquier “maestro”, sino el maestro interior que todos llevamos dentro.

El maestro interior existe en cada uno de nosotros, y nuestra tarea es permitirle que despliegue todo el poder del conocimiento y de la sabiduría. Existe una dimensión superior a nuestra vida ordinaria, a todo lo que podemos captar por nuestros sentidos. Y cuando hablamos de “maestro” nos referimos a una inteligencia que se desenvuelve y que actúa desde esta dimensión y de la que, en realidad, apenas podemos explicar de qué se trata.

Con estas palabras queremos hacer que descubras tu responsabilidad – como ser humano– de ser consciente y de obrar adecuadamente en todas las circunstancias que ocurren en tu vida, que conozcas donde se encuentra el camino que lleva a la Luz. Queremos que descubras que tu maestro interior está

en ti mismo, esperando para indicarte donde se encuentra el camino y para ayudarte a recorrerlo.

La llamada al maestro.

La imagen del "maestro", la idea de una persona en carne y hueso que sea un maestro, se encuentra en todas las culturas y en todos los tiempos. La persona corriente desea y busca un "maestro" que le explique qué es la vida, qué es la muerte, el sentido de éstas, que le diga qué es lo que tiene que hacer y que, además le proteja y le ampare. Lo que ocurre es que el ser humano no está en disposición de ejercer la inteligencia, de ser consciente y de darse cuenta de dónde se encuentra en realidad. Cuando sufre busca quien le ofrezca una salida, no sabe que en el mismo sufrimiento se encuentra la enseñanza que necesita y la verdadera salida al dolor. Por ello, esta idea o expresión de "maestro", esta perspectiva de ver las cosas, es limitada, limitadora y lleva al sufrimiento. Así, quien pertenece al rebaño humano sólo puede ver a un maestro donde en verdad no lo hay.

El ser humano, en general, no es consciente ni obra adecuadamente. Además, mira la vida y obra sobre ella desde una mente limitada y programada. Y esto le provoca un profundo sufrimiento y una sensación de fondo que le habla de una plenitud que se encuentra cerca pero que no alcanza a vivenciar. En estas circunstancias desea recurrir a un "maestro" que le diga como salir de la situación en que se encuentra, o incluso anhela que Dios le abra las puertas. No sabe que antes de intentar salir del desorden, que él mismo ha creado, y del dolor debe comprender su propia mente, su programación y sus limitaciones. Así, una persona que se conoce a sí mismo no necesita de maestros, ni de dioses, sino que es una luz para sí mismo.

Muchas personas se sienten perdidas en el mundo. Tal vez se dan cuenta que sus vidas se debaten entre dos mundos a los que pertenecen, por un lado el mundo material y, por otro, el sutil o inmaterial. Sienten de una manera inquietante que ese mundo sutil interpenetra la realidad familiar de este mundo material. No pueden acceder libremente a esta dimensión superior, ni pueden obrar en ella de la misma forma que lo hacen en la realidad material. Sin embargo, se dan cuenta de que, aunque en cierto sentido es impenetrable, esta dimensión sutil interviene profundamente en sus vidas. La realidad es que más allá de los límites del poder humano existe siempre una realidad que nos acompaña, que es imprevisible, que a veces captamos como beneficiosa y otras veces como peligrosa o negativa, que parece estar más allá de las fuerzas que operan en esta naturaleza material que podemos percibir con los sentidos. El ser humano en el que empieza a despuntar la sensibilidad encuentra en su interior

una especie de ruptura que le produce dolor, y desea encontrar un "maestro" que les diga qué hacer.

Es cierto que en todos los tiempos y en todas las sociedades han existido personas que realmente están en un nivel por encima de la comprensión de sus semejantes y que tienen una capacidad superior para obrar sobre las circunstancias. A las personas comunes les ha parecido que estas personas superiores estaban en contacto con dimensiones superiores, que gracias a esa capacidad se comunicaban con las fuerzas que habitan en esa realidad superior. Creían que estas personas superiores sabían cómo tenían que comportarse con respecto a la vida y a estos entes o fuerzas sutiles, qué ejercicios y sacrificios se debían realizar para que les fueran favorables, para que les salvaran.

Porque, ya se sienta como peligrosa o como protectora, está siempre la intuición de que la otra realidad es la más fuerte, que tiene el poder para determinar el destino humano. Muchos intentan descubrir dónde está el camino que nos permite acceder a la otra realidad sobrenatural, y cómo podemos unirnos a ella. Este deseo siempre ha existido en la humanidad, y de ello dan testimonio las diversas religiones y sectas que existen o han existido a lo largo de los tiempos.

Muchos seres humanos se preguntan cuál es el camino, cuál es el precio y la forma de contactar y unirse con estas fuerzas. De una manera ignorante desean empezar a andar un camino que muy posiblemente les perderá, a pesar de que hayan encontrado a un "maestro" que haga de intermediario entre el cielo y la tierra.

La manera de considerar la relación entre el aquí y el más allá refleja el nivel y el grado de consciencia de una persona en la vida. Unos se aferran obstinadamente a lo tangible, a lo material, y otros presienten y se aferran a aquello que sólo puede desvelar una visión interior. En ambos casos el ser humano ejerce la ignorancia y se muestra imprudente abandonando el "camino del medio" que debe andarse en todas las circunstancias. Sólo la consciencia tiene acceso a esta realidad que se encuentra más allá del pensamiento, del tiempo y del espacio, y que no se deja comprender ni dominar por el ser humano aún no evolucionado. La realidad tangible la revela y, a la vez, la oculta, y esta realidad superior sólo se deja ver por el ojo interior.

Existe un conocimiento que es temporal y otro que es eterno. La ciencia que sirve para dominar el mundo está en continuo desarrollo, y un invento deja atrás a otro invento. Lo que se descubrió ayer hoy ya no satisface. Sin embargo, el conocimiento espiritual es un saber que es tan válido hoy como lo fue en el pasado y lo será en el futuro. Este tesoro pertenece a la humanidad, se encuentra

profundamente relacionado con el interior del ser humano y con la dimensión sobrenatural. Este conocimiento comprende a la vez todo lo espacio-temporal y lo que se desarrolla más allá de ello.

Sin embargo, este conocimiento no puede darse. Sólo puede accederse a él desde el propio interior, pues ahí se encuentra de manera innata, y a él podemos despertar. Existen hoy muchas tradiciones, y otras muchas han existido en todos los tiempos y lugares, que se inspiran en "maestros", y que se apoyan en el deseo de poder, de placer y de seguridad. Estas sectas se basan en la nostalgia de libertad, que el ser humano siente también de manera innata, para llevarle por caminos que, ciertamente, no son los mejores. La verdad de esta historia interminable es que, con la base de un conocimiento que es cierto y que posee un verdadero valor universal, muchos se vuelven "maestros" y se extravían ellos y sus discípulos.

El conocimiento perenne que nos comunica el maestro interior puede y debe tomar forma en nuestra dimensión material, incluido todo ser humano. En medio de su vida cotidiana, la persona que vive espiritualmente, en esa vida condicionada por las circunstancias, se siente libre de toda contingencia, porque sabe, porque conoce y está por encima de sentimientos como el miedo, la desesperación y el abandono. Todos debemos beber del conocimiento que brota de nuestro propio interior y transformarnos a nosotros mismos y, por ello, a la realidad de la que formamos parte.

En nuestros días son muchas las personas que creen que necesitan un "maestro" y lo buscan. Posiblemente sean personas que en lo más profundo de sí mismas han sido tocadas por alguna experiencia y, con ella, por algo nuevo, maravilloso e incomprensible. La alegría y la plenitud que les invadió en esa vivencia contenían tanto una promesa como un compromiso, y ya no pueden dejar de pensar en ello. Ahora buscan a alguien que les comprenda y les ayude a ser la persona que ellos creen que corresponde a su experiencia. Reclaman a un "maestro": no saben que ellos mismos poseen un maestro interior.

La búsqueda de un "maestro" es la respuesta de una persona a una situación interior muy precisa, y también a un nivel determinado en su evolución. Con frecuencia, esta situación la desencadena un conflicto sin salida aparente, una dificultad interior para la que no se encuentra una solución con los propios medios ni con el propio juicio y para la que, desde luego, ni la fe ni las creencias ni organizaciones afines son tampoco ayuda.

Muchas veces, esta persona presente y busca algo que le está íntimamente destinado, que representa su más profunda misión y la realización de su propia vida. Unas circunstancias y un estado de consciencia y de ánimo, o

una experiencia particular se lo han hecho entrever. Ha entrado en contacto con una dimensión superior del Ser, de manera que su vida se orienta, imperativamente, hacia lo interior y por un nuevo camino. No sabe bien como le ha pasado, sólo sabe que debe encontrar respuestas a sus preguntas, y que ni sus padres, ni compañeros, profesores o sacerdotes pueden ayudarle. Entonces, el camino equivocado empieza cuando busca a otros, cuando desea a un "maestro" que pueda "enseñarle".

Las personas que buscan a un "maestro" son, casi siempre, jóvenes que no han creído nunca en nada. Muchas veces se trata también de personas francamente antirreligiosas hasta ese tiempo, de materialistas puros que pueden ser auténticos comunistas y extremistas, a veces militantes que incluso han llegado a asesinar. Algo alcanza y echa por tierra toda su forma de concebir la vida.

A menudo son personas –de todos los medios y niveles sociales– que han renunciado a sus creencias. No se sienten bien porque "allí" les falta algo. Son infieles a su religión o secta, y temen caer en las creencias de su infancia. Viven en un estado en el que rechazan todo lo que, desde la dimensión sutil, podría tocarles. Con todo, un día son vencidos y buscan, según ellos, "alguien que vuelva a anudar el cordón umbilical, aunque es necesario que sea con algo totalmente diferente a lo que conozco". A veces son, también, las víctimas de psicólogos o psiquiatras, que no sólo no los han librado de su programación mental, sino que, además, les han hecho casi sordos a los mensajes que nos trae la vida desde las regiones superiores.

Son siempre personas honestas que están obligados a reconocer que su consciencia no está tranquila. Un desasosiego interior cada vez mayor les lleva a buscar fuera lo que, en realidad, tienen dentro. También hay gente mayor, dispuesta, por fin, a soltar sus ataduras a las mil cosas a las que se aferran y que, para ellas, hasta ahora constituyen la vida. A veces, esto ocurre después de un intento de suicidio. También suelen ser jóvenes que por medio de la droga han conocido estados que no son los habituales, que han experimentado momentos de expansión y de inmensidad insospechados. Su experiencia va más allá de su existencia ordinaria y, como saben que el camino de las drogas no es el mejor camino, buscan otros caminos y a alguien que se los muestre.

Hoy en día hay hombres y mujeres "duros" —industriales, financieros, políticos que, al borde de la depresión, o incluso en el corazón mismo de ella, han tenido una "curiosa experiencia". En el preciso momento en que se derrumbaba su poder en el mundo algo distinto ha llegado a ellos. Algo extraordinario y feliz que les ha subyugado. Pero, ¿qué era? Sienten vergüenza al hablar de ello. Durante algún tiempo sienten incluso vergüenza con respecto a

sí mismos por estar tocados por “algo así”. No tienen, tampoco, ninguna confianza en la voz interior que les dice: “sabes, es eso lo que realmente vale la pena vivir”. Más tarde, como no encuentran sosiego, terminan por intentar encontrar a alguien que les comprenda y les ayude a ir más lejos.

Frecuentemente son los sacerdotes, pastores, monjes... a menudo son los “religiosos” en general. Ellos son fieles a su fe. Se dedican incansablemente a su ministerio y a su prójimo; viven en su orden una vida consagrada a Dios, al trabajo y a la oración, dicen o acuden a su misa diaria —y a pesar de ello no están en contacto con lo divino. A veces ya no pueden orar. Están como faltos de sensibilidad. Sufren por su situación de inautenticidad, se sienten avergonzados por su fachada artificial. Y como suelen ser personas honestas reina en ellos una gran turbación y un gran desasosiego interior. Entonces puede suceder que, de repente, se sientan invadidos por “otra dimensión”, simplemente al pelar una patata o al estar jugando con una piedra del jardín. Por un instante se sienten en la plenitud del Ser.

A pesar de ello, se encuentran ante un enigma que casi siempre les plantea una cuestión candente: ¿cómo situar lo que acaban de sentir dentro de su sistema religioso? Viven de forma brusca la diferencia entre una fe profesada y la experiencia. Y lo que desean saber es cómo se integra esta experiencia en su fe y en sus creencias y dogmas. Se preguntan por qué lo que acaban de vivir, esa liberación y esa alegría indescriptibles, no han sido, desde hace ya mucho tiempo, el fruto de su vida de fe, y les surgen profundas dudas de si habrán buscado demasiado “fuera” la fuente de salvación. Entonces se ponen a buscar alguien que les ayude. Porque se dan cuenta de que algo falta en su evolución interior, sienten que les falta una madurez, una transformación, cuyo progreso exige algo más que piadosas consideraciones, fidelidad y “firmeza en la fe”.

Todos aquellos que viven tales experiencias y deciden no traicionarse, rechazándolas como si fueran meras impresiones, están en el umbral de una vida totalmente regenerada llena de un sentido totalmente nuevo. Aunque esto será así con la condición de que acepten estas experiencias tal como son, sin intentar insertarlas en un “sistema” preexistente.

Muchos más seres humanos de los que se puede uno imaginar han alcanzado hoy este umbral. Cuando se niegan a pasarlo caen muchas veces enfermos. La vida se bloquea en ellos y no puede manifestarse en su exterior. Son entonces pasto de depresiones en las que se encuentran desorientados o, incluso surgen en ellos tendencias agresivas. Como todavía luce débilmente en ellos la claridad de lo que sintieron, buscan a quien les muestre una salida a este atolladero, el camino de una nueva vida. Pero, ¿A quién acudir? Un médico, como tal, no entenderá nada. Les recetará, quizás, un tranquilizante o les enviará

a un psiquiatra. También temen a los psicólogos o a los psicoterapeutas, porque lo más usual es que asocien a cualquier otra cosa lo más valioso de su experiencia, considerándola como una ilusión, una proyección, una expresión del yo.

En este asunto no hay nada más terrible e irreparable que el caer en las manos de alguien que interprete mal esta experiencia —desconocida para él— y trate, por ejemplo, como una enfermedad mental o un desvarío la experiencia trascendente de la dimensión superior. Porque esta experiencia, ciertamente puede, por un tiempo, hacer saltar los límites del comportamiento “normal”.

Desde un nivel teológico, los “religiosos” pueden acabar poniendo en duda el valor de la experiencia y verlas como un fenómeno “natural”, puramente “subjetivo”. Lo más usual es que se intente que quien pide ayuda y consejo vuelva al seno de su “madre Iglesia”. Ahora bien, la persona que ha experimentado “lo otro” sabe que ha pasado a otro estadio de madurez. Y busca a alguien totalmente diferente: busca al maestro.

La cultura occidental se basa en el conocimiento técnico y en la seguridad psicológica que otorgan la fe y las creencias. El ser humano de occidente tiende a ocuparse de los problemas del mundo exterior y se valora de acuerdo con éste. Muchos consideran, de una forma innata, que su misión es la de organizar el mundo. Afirmarse, realizar algo importante, suele ser para el occidental una aspiración natural y el principio de lo que él cree que es su misión. Para llevarlo a cabo le parece que son suficientes los conocimientos que alcanza a tener, sus capacidades, la disciplina y su buen comportamiento en la sociedad.

Casi todos los seres humanos escuchan una llamada que les llama a vivir la vida espiritual —porque esta llamada se encuentra en todo ser humano— pero la respuesta suele ser muy pobre. Esta respuesta se orienta hacia el prójimo, y se encuentra dentro del campo de la fe redentora y de las creencias. Por todo esto, casi todas las personalidades importantes, los líderes del mundo económico, político o religioso, carecen de madurez. Y esto es así en una medida que parece inconcebible, porque estas personas suelen ser irrealistas, prisioneros de sus egos, ávidos de poder, dependientes de las críticas, ansiosos, emotivos e incapaces de comunicarse de verdad.

Todo esto muestra hasta que punto les falta encontrar a su maestro interior y andar el sendero espiritual. Pero, aunque ya sabemos que este panorama no significa realización ni madurez espiritual alguna, en realidad no todo está perdido, porque las circunstancias en las que cada ser humano se sumerge son una excelente oportunidad para ejercer y ensanchar la consciencia y retomar el más elevado sendero espiritual.

El ser humano sólo alcanza la madurez de su verdadero sí mismo –es decir, llega a ser él sin sus egos– cuando está en contacto con lo más profundo de sí mismo, con su núcleo del Ser y obra apropiadamente. Una vez que se hace consciente de su espacio interior el descontento interior, que en algunas ocasiones puede rayar un profundo desasosiego, no desaparece ni con la fe en las creencias ni con el mayor logro material o social. En estos momentos es necesario un guía, un verdadero maestro, el que cada uno sólo puede encontrar en su maestro interior.

El maestro, el alumno y el camino.

Acceder al maestro interior significa vida, realización y plenitud, pero también supone trabajo, esfuerzo y sacrificio. El maestro interior sólo existe si existe la persona que se compromete en el camino espiritual que lleva a la Luz y a la vida. Cuando una persona sigue las enseñanzas de su maestro interior crea el orden en su interior y también en la realidad objetiva y material en la que vive. En su vida cotidiana crea y transforma, pues obra apropiadamente en el nivel de un mundo al que supera.

Sin embargo, para percibir la vida así, espiritualmente, para darse uno cuenta de que debemos abrir las puertas a nuestro maestro interior, para aceptar la vida como la vocación esencial de ser consciente y de obrar adecuadamente, hay que haber alcanzado cierto grado de evolución. Entonces, vivir espiritualmente, manifestando en el mundo el conocimiento de nuestro maestro interior, será un privilegio y una misión.

Nuestra consciencia está limitada al plano material, pero con la ayuda de nuestro maestro interior el sueño en el que estamos sumidos se termina y nos vamos dando cuenta de lo que ocurre en otras dimensiones superiores. Cuando mediante un trabajo de ambos, del maestro interior y del discípulo, éste empieza a vivir espiritualmente y lo sobrenatural se hace "natural", el alumno empieza a transformarse. Poco a poco, una nueva disposición de ánimo le hace libre para vivir cada vez una espiritualidad y una vida más plena. Todo lo cual se realiza tanto en el mundo exterior, espacio/temporal, como en el espacio interior del discípulo.

Quien llega a la madurez del camino encuentra a su maestro interior, y con él a todo el conocimiento perenne que necesita. Si no tuviera esa madurez tampoco podría nunca encontrar el conocimiento que, como el que se encuentra en estas palabras escritas, viene de fuera. O, si lo encontrara, no lo reconocería como tal. "Si el ojo no tuviera luz no reconocería al Sol". De la misma manera, si la

persona no tuviera acceso a su propio maestro interior, el conocimiento que viene del exterior no podría serle útil.

En este plano no existen los maestros, y para descubrir y aceptar el conocimiento que viene de fuera es preciso que en la profundidad del propio ser haya un maestro y que éste empiece a hacerse consciente. De esta forma hay que entender la pregunta que tantas personas se formulan: "¿Qué hay que hacer para encontrar un maestro?". Sencillamente hay que dejar que el maestro que llevamos dentro se exteriorice.

El conocimiento espiritual y el maestro interior sólo aparecen, sólo van al encuentro de aquél que tiene necesidad de ellos porque ha llegado al grado de madurez en el que no ser consciente, no conocer la verdad y no obrar adecuadamente hace surgir un profundo dolor. Vivir espiritualmente es haber abolido la separación que hay con nuestro maestro interior, es acceder al conocimiento y obrar apropiadamente. Entonces somos uno con nuestra naturaleza esencial, y ésta se expresa en nuestra vida cotidiana con magnanimidad, virilidad y virtud.

Los maestros aquí no existen, y la causa de que quien busca un "maestro" se sienta atormentado está en que ha emprendido un camino equivocado. Siente entonces en su interior que debe emprender el buen camino. De la misma manera que el verdadero maestro es interior, el camino que busca quien se ha perdido es, también, interior e innato. Y con la ayuda del verdadero maestro, el maestro interior, somos cada vez más nosotros mismos, y nos capacitamos para obrar adecuadamente, para transformar la existencia en nosotros mismos y en nuestro alrededor, de acuerdo con la consciencia, el conocimiento y el amor.

El maestro interior es la consciencia viva en nosotros y la fuerza que nos transforma, que nos lleva por el camino personal hacia el total cumplimiento de nuestro destino. Cada uno de nosotros somos una expresión de la vida, y en este sentido, siendo uno con el maestro interior, la vida se manifestará en el mundo con una pureza cada vez mayor. El maestro interior es la voz de la consciencia y los fundamentos de la moral, que es totalmente diferente de esa consciencia ética que nos pide respetar las normas de la sociedad en la que vivimos.

El maestro interior somos nosotros mismos, que nos mostramos lo que no debemos ser. Ya sabemos que para oír la llamada del maestro hay que estar preparado para ello. Sin embargo, para responder a esta llamada es imprescindible coraje y, también, cierta humildad. El ver al maestro en uno mismo se encuentra lejos de la presunción, aunque sea cierto que esto nos eleve, colme y comprometa a la vez. Es necesaria la humildad para aceptar el peso de este compromiso y del camino que se ha de recorrer. La verdadera humildad no

consiste sólo en no querer parecer más de lo que uno es, es también aceptar ser más de lo que uno parece ser. Existe una falsa modestia que es, sencillamente, miedo a las responsabilidades. Y esta falsa modestia es un obstáculo para dejar que surja, para que emerja el maestro interior.

Maestro, camino y discípulo están necesariamente unidos en nosotros mismos. El despertar del maestro interior es al mismo tiempo el despertar del alumno, y ambos sólo existen en relación con el camino interior, en el que el maestro enseña y el alumno sigue y hace realidad la enseñanza en el mundo material y en el sutil.

Cuando el ser humano recorre el sendero espiritual en todas las circunstancias y en todas las cosas –en la forma de moverse, de tratar lo cotidiano, de hacer frente a los cambios y a los golpes de la suerte, en la manera de obrar ante los altibajos de la existencia, de resistir o sucumbir a las tentaciones del mundo–, como ha llegado a vivir atentamente, oirá la voz interior del maestro. La voz alta o silenciosa, áspera o dulce, que le expresa es imposible no reconocerla. Esta voz le indica los progresos o los bloqueos, le dice si en un momento preciso está a punto de desviarse del camino traicionándose a sí mismo. La responsabilidad y el deber de ser consciente y de obrar apropiadamente está continuamente presente en el espíritu de la persona que ha despertado. La voz de la consciencia, mediante la que se manifiesta el maestro, no deja nunca de hablar. Si realmente nos hemos hecho alumnos toda situación cotidiana es una prueba.

Al afrontar la vida, que llamamos externa, y al destino, estamos siempre tentados de perder de vista el significado profundo de nuestra existencia. En muchas ocasiones –tentaciones o peligros del mundo– hacen que olvidemos lo que somos y lo que hemos venido a realizar, y nos dejamos arrastrar por los deseos del ego. En lugar de ocuparnos en ser conscientes y en obrar adecuadamente, nuestros intereses giran la mayoría de las veces en torno a saciar el deseo de obtener placer, seguridad y poder. Y así no realizamos las instrucciones de nuestro maestro interior ni vivimos espiritualmente. Debemos conocernos a nosotros mismos, sentir conscientemente nuestro propio sufrimiento y comprenderlo. Esto es capital en el camino espiritual.

Otra tarea que debemos llevar a cabo es la de crear un espacio del mundo sobrenatural en este plano material. El ser humano, en contacto con su maestro interior, en contacto con su propio ser, adquiere una forma de ser que constantemente debe replantearse frente a las nuevas dificultades de la existencia. Éste debe también aprender a discernir su lado oscuro. Su coraje o, por el contrario, su miedo ante el sufrimiento le revelarán si va bien por el camino y si se encuentra bajo la dirección –desprovista de indulgencia– del

maestro interior. Si realmente está en camino la mínima pausa o desviación avivará las advertencias del maestro interior. Él nos invita a continuar cuando en el camino aparece un nuevo camino y dudamos de emprenderlo o no, a veces porque nos asusta el salto a lo desconocido. Y, por supuesto, el maestro interior también nos dedicará sus palabras de aliento cuando verdaderamente presentemos la manera de ser y de obrar justa. Cuando nuestra forma de ser y de estar es la apropiada le sentimos con una paz, con un silencio vivo y luminoso, con una profunda armonía interior que está por encima de todo movimiento de la mente y, también, del silencio y del tumulto del mundo.

Haber despertado verdaderamente al camino es signo de un alto y raro grado de evolución humana. Nuestros contemporáneos, para quienes la actitud justa se reduce a tener la capacidad de andar el propio camino, a tener la eficacia y el comportamiento normal que marcan las normas sociales, están muy lejos de este nivel. Sin embargo, entre ellos, los más adelantados ya no se sienten muy a gusto. Incluso muchos sufren. Por eso nuestro trabajo consiste en facilitar y adelantar el despertar de la consciencia que se traduce en obras apropiadas. Sólo así se expresa la totalidad y la profundidad de lo esencial del ser humano. Hasta en los hechos que pueden ser más simples y banales de lo cotidiano, y en las más concretas situaciones profesionales, el trabajo espiritual es justamente el de ser consciente y obrar apropiadamente. El trabajo espiritual debe desplegarse en aquellos ámbitos que a muchas personas "religiosas" de la sociedad les parecen tan alejados y tan poco interesantes, por ejemplo las labores cotidianas, los más modestos campos del mundo laboral o del ejercicio físico.

El ser humano que ha despertado al camino, cada instante lo vive bajo la mirada del maestro interior, y cada ocasión le parece la mejor para andar el camino espiritual, para ser consciente, para conocer sobre todo al ego y obrar adecuadamente.